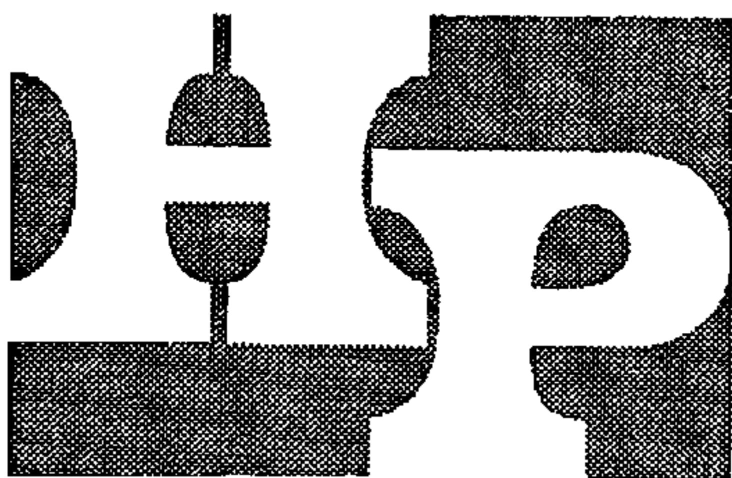


Keith Luger

LA CULPA FUE DEL CABALLO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LA CULPA FUE DEL CABALLO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 146
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTA · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Depósito legal: B. 35.114 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: octubre, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.283. — La historia de Bill *el Melenas*

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.130. — Mi muerte fue una fiesta

En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967. — El Oeste en llamas

En Colección SALVAJE TEXAS:
729. — La venganza es mi oficio

En Colección KANSAS:
667. — Mala hierba nunca muere

En Colección BRAVO OESTE:
581. — Tres hombres van a morir

En Colección PUNTO ROJO:
517. — Felizmente envenenados

En Colección CALIFORNIA:
752. — La historia de Buby *el Llorón*

En Colección ASES DEL OESTE:
701. — Cara quemada

En Colección COLORADO:
610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:
144. — Tres caras tiene la muerte

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. — La chica del rifle de oro

En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5. — *Asesino* Murray

CAPITULO PRIMERO

Elmer Hunter se detuvo delante de los billares de Jimmy y escuchó el chasquido de las bolas que partía del interior.

Entró al ver que sólo dos mesas estaban ocupadas, cada una de ellas con cuatro jugadores, y se dirigió a la más próxima a la puerta.

El sujeto que le tocaba jugar estaba tendido sobre la mesa, en una posición difícil, y tomaba puntería moviendo el taco adelante y atrás. El pesado revólver que le colgaba a la derecha contribuía a mantenerle en equilibrio, ya que estaba apenas tocando con la punta del pie en el suelo. De pronto, golpeó la bola.

La bola salió disparada y rebotó en cuatro bandas. Llegó con precisión matemática al grupo de cinco bolas en el centro de la mesa y las esparció con un chasquido hacia distintos puntos.

Cada una de las bolas fue tragada por una tronera y se las oyó discurrir, por el canal de abajo, en medio de un profundo silencio de admiración.

Elmer Hunter batió palmas lentamente, sin mucho ruido.

El que acababa de hacer la estupenda jugada y los otros tres que colaboraban en la partida, se volvieron hacia él y lo examinaron con breves ojeadas y los rostros hoscos.

—Buena puntería —agregó Elmer, fijándose en el interesado.

El jugador no le hizo caso y pasó por delante de él poniendo tiza en la punta del taco. Alargó una mano hacia el ancho borde de la mesa y tomó un jarro de cerveza vaciándolo de inmediato.

Un tipo de la otra mesa soltó una maldición, probablemente al fallar una jugada de ocasión, y sus tres compañeros se rieron de él.

Elmer se dio cuenta al primer golpe de vista de que aquellos cuatro eran muy malos con el taco.

Volvió a mirar a los jugadores de la mesa donde rondaba y

aprovechó el momento en que el más alto se ocupaba de poner todas las bolas en el centro de la mesa nuevamente.

—¿Alguien de ustedes quiere trabajar?

El que reunía las bolas y los otros tres se le quedaron mirando.

Por fin, el tipo alto sacudió la cabeza, hablando por todos.

—Estamos muy ocupados, amigo.

Elmer asintió.

—No es para mucho tiempo. Y hay buenos dólares a ganar.

El pelirrojo que se disponía a tirar se enderezó levantando la mirada.

—Supongo que tiene un rancho, ¿no? Y necesita brazos para recuperar alguna punta de ganado.

Elmer no contestó en seguida. Hizo rodar la mirada por los rostros de los cuatro jugadores.

—No es eso.

—¿Entonces, qué? —preguntó el alto, frunciendo el entrecejo.

Elmer se llevó una mano delante de la boca, tosió y dijo:

—Se trata de liquidar a un tipo.

Los cuatro jugadores intercambiaron miradas y hablaron mucho con ellas.

Por fin, el pelirrojo se inclinó sobre la mesa y después de tomar punto de bola, disparó el taco.

Casi estuvo a punto de igualar al jugador anterior. Consiguió quitar tres bolas de en medio, mandó cuatro a la tronera y se le quedaron las otras dos muy cerca de desaparecer.

Arrugó el labio superior y escupió hacia el cajón de serrín donde ardía una colilla produciendo mal olor.

—¿Cuánto paga?

Elmer Hunter sacó medio cigarrillo del bolsillo de la camisa y se lo colocó en la grieta reseca que le servía de boca.

—Cincuenta dólares —dijo.

El pelirrojo miró las bolas y titubeó como si le costara trabajo dejar la partida.

—Cuente conmigo.

—Necesitaré a otro hombre —dijo Elmer.

El pelirrojo arrugó la nariz.

—¿No es suficiente con uno? ¿Yo?

—Vamos a ir tres; usted, yo y el que se decida.

—Me parece despilfarrar el dinero. ¿Cómo se llama usted?

—Elmer Hunter.

—Bien, Hunter —dijo el pelirrojo dejando el taco contra la mesa —. ¿Para qué quiere tres hombres contra un fulano— ¿Es Johnny Ringo?

—Es Larry Bentley.

El pelirrojo miró a sus compañeros.

—Muchachos, ¿alguno conoce al tipo?

Nadie le contestó.

Elmer se aclaró la voz.

—No es conocido por estos lugares. Sin embargo, en otros puntos más lejanos de aquí, da mucho,que hablar.

—¿Qué es? ¿Un *sheriff*?

—Un *gun-man*.

El pelirrojo asintió, cerrando el ojo.

—Comprendo, un tipo que se gana la vida con el gatillo, y además es bueno con los impactos.

—Sí. Muy bueno.

El individuo que consiguió la estupenda carambola arrojó un cigarrillo a medio consumir.

—Yo voy a ser el tercero de la cuadrilla, Hunter.

—Me parece muy bien.

El pelirrojo estaba muy pensativo.

—¿De qué pueblo es usted, Hunter?

El forastero comprendió el sentido de la pregunta.

—Soy uno de los nuevos hombres de Vincent Adams.

—Caramba. A ese sí que lo hemos oído nombrar. ¿Por qué Adams lo ha enviado a usted solo? Tenemos entendido que tiene un buen equipo.

Hunter succionó la colilla que le colgaba del labio inferior.

—Es más económico contratar a dos hombres aquí que mandar a tres de la plantilla de Vincent. Los gastos de viaje, hotel y otras cosillas rebasan los cien dólares.

—Vincent es un buen economista —opinó el jugador con puntería.

El pelirrojo mandó un salivazo hacia el serrín del cajón.

—Bien, Hunter. ¿Dónde es la fiesta?

—Aquí mismo, en Park City.

—¿Va a pasar por aquí el tal Bentley?

—Está en el hotel de enfrente y ahora se dispone para continuar el viaje hacia Cravenville.

El pelirrojo entrecerró los ojos.

—Cravenville… Buenas hembras hay por allí.

Elmer cabeceó.

—Parece que Bentley va allí por algo de faldas.

—Ya.

Hubo un silencio entre los cinco hombres.

En la otra mesa no se entendían. Gritaban y se amenazaban mutuamente y uno de los tipos quería sacar el revólver.

Elmer volvió a prestar atención al pelirrojo y al tipo que jugaba con tanta habilidad.

—¿Quieren seguirme, amigos?

El pelirrojo gruñó asintiendo y levantó una mano hacia los dos que se quedaban.

—Hasta luego, amigos.

El tipo alto que no entraba en el trabajo se dirigió al cuarto sujeto y alargó una mano hacia las bolas.

—Jugaremos al trece y catorce mientras vienen.

Elmer ya no oyó más, porque en aquel momento atravesaba las puertas seguido del pelirrojo y del as del taco.

El pelirrojo dijo a espaldas de Elmer:

—Por si le interesa, éste se llama Charlie y yo Lent.

Elmer Hunter continuó por la acera y contestó con un gruñido.

Cuando se detuvo en una travesía para que pasara un carruaje les alargó unos billetes.

—Ahí va la mitad, el resto lo cobrarán cuando nos reunamos en el billar.

El pelirrojo Lent atrapó los billetes silbando complacido y se los repartió con Charlie.

Atravesaron la calle y el pelirrojo se demoró un poco volviéndose al pasar una bella dama.

—Estás para el canibalismo, nena.

Luego caminaron los tres, los rostros cejijuntos.

Elmer Hunter se detuvo frente al Hotel Venus y se fijó en el bazar de al lado.

—Ahí lo tenemos —dijo—. Está en la casa de juguetes.

El pelirrojo entreabrió la boca.

—Sí que está bueno.

—Vamos —dijo Elmer y cruzó la calle introduciéndose el primero en la tienda de juguetes y artículos para niños.

Se entretuvo en la exposición de muñecos, trenes y casitas flanqueado por Charlie y Lent, sin dejar de observar a Bentley que escuchaba interesado las explicaciones del dueño, un regordete simpático.

Larry Bentley era rubio, de facciones angulosas y ojos inteligentes, que ahora estaban fijos en el juguete que le exhibía el vendedor.

—¿Cómo se da cuerda? —preguntaba.

El regordete señaló un agujero y metió allí la llavecita, dio vueltas y soltó el caballo de hojalata que corrió por debajo de las estanterías.

Elmer Hunter vio acercarse el caballo de hojalata y lo desvió con el pie para mandarlo de nuevo hacia el regordete. De paso, comprobó que Bentley no le reconocía. Cambiaron sonrisas.

Larry Bentley dijo al vendedor:

—Póngalo también en el lote. ¿Qué tiene bueno para una niña?

El regordete carraspeó echando mano a una caja de vivos colores.

—Aquí tengo la última novedad de Kansas City. Una muñeca muy bien hecha.

La movió y la muñeca abrió la boca modulando estridentemente: «Mamá, lechita».

Luego la volvió del otro lado y graznó: «Mamá, pipi».

El regordete se partió de risa. Bentley sonrió pensativo.

El vendedor señaló una pequeña palanca.

—¿Ve esta llave? Pues bien, después de tomar el biberón, se ladea y la muñeca moja las braguitas. Es un auténtico juguete de lujo.

—Envuélvalo —dijo Bentley.

—Diez dólares con treinta y cinco. Caro, pero bueno.

Elmer Hunter, Charlie y Lent cabecearon al mismo tiempo, intercambiando miradas.

Larry Bentley se volvió rápidamente con un revólver en la mano y disparó ocho pistones seguidos.

Los tres individuos del otro lado se quedaron rígidos.

Bentley lanzó el revólver de juguete, desistiendo con la cabeza.

—Esto no. No me gusta que los niños se acostumbren a las armas.

El regordete vencedor bajó el tono y dijo:

—Estoy con usted, señor. El mundo andaría de otro modo si los chicos no fueran obsequiados con estas cosas. Pero no sabe lo que me piden estas chucherías y he de tenerlas en el surtido. Asústese. Tengo un nuevo juguete que hace furor. Se compone de pinzas, hacha, leña y varios alfileres y se llama: «El pequeño torturador indio». Incluye un escalpador miniatura para segar cabelleras.

—Infiernos.

—Me los quitan de las manos —suspiró el vendedor.

—¿Cuánto es todo?

—Quince dólares con sesenta. Le hago una rebaja del doce y además no le cuento las braguitas de recambio.

Larry Bentley sacó el dinero y pagó.

Esperó a que el vendedor envolviera los juguetes en un paquete y se entretuvo mirando un equipo infantil de guerrero, con escudo y espada incluidos y una maza espinosa.

Elmer Hunter, el pelirrojo Lent y Charlie sacaron los revólveres al mismo tiempo.

Larry Bentley vio algo por el reflejo del bruñido escudo y se volvió rápidamente.

También tenía un «Colt» en la mano, del mismo tipo que el de niño, pero arrojaba fuego de verdad.

Los estampidos de los dos bandos produjeron un, estruendo ensordecedor en el bazar. Charlie fue el primero en morir. El plomo le empujó por el pecho y lo estrelló contra la exposición de barquitos de madera.

Lent, el pelirrojo, notó el plomo en las entrañas, aulló derribando los caballos de cartón y salió de estampida del bazar.

Todavía logró cruzar la calle, pero cayó muerto en los escalones de la droguería donde iba en busca de desinfectante para las heridas.

A Elmer Hunter no se le veía, porque estaba bajo la estantería retorciéndose en el suelo, las manos sobre el estómago, donde había recibido tres impactos y lo último que vio en este mundo fue un

payaso de ojos saltones que danzó sarcásticamente delante de él, tocando unos platillos descomunales.

Elmer murió rígidamente y el payaso se quedó con una pierna en alto al acabársele la cuerda.

CAPITULO II

Ralph Lorenk, de veintinueve años, alto, moreno, de ojos negros y brillantes y camisa gris donde llevaba prendida una estrella de metal, acabó de escuchar la declaración del regordete del bazar.

—…Eso es todo, *sheriff*. Cuando me volví dejando los paquetes, el señor Bentley estaba con el revólver en la mano y los tres sujetos muertos, dos dentro y uno fuera del establecimiento. Pero le repito por centésima vez que el señor Bentley no podía hacer otra cosa. Lo hubieran acribillado si no es porque previo la agresión gracias al bruñido del escudo del «Pequeño guerrero», que, dicho sea de paso, sólo vale tres dólares y gusta mucho a los niños.

El *sheriff* Lorenk entornó los ojos haciéndose cargo de Larry Bentley.

—¿Qué hace usted en esta ciudad, Bentley?

Larry se aclaró la voz.

—Estoy sólo de camino. Voy a Cravenville.

—¿Sabían los hombres de Vincent Adams que debía pasar por aquí?

—A juzgar por los hechos, debieron averiguarlo de algún modo. Elmer Hunter me siguió desde Texas y opino que alquiló a esos dos sujetos para darme el mate.

Las negras pupilas del *sheriff* Lorenk se clavaron en el fondo de las grises de Bentley.

—¿A qué se debía la enemistad, Bentley?

Larry se rascó la barbilla tratando de dar forma a sus palabras.

—Vincent siente resquemor porque he andado revolviéndole los negocios. Tenía algunos de tal naturaleza que me encogían las tripas.

—Conozco los negocios de la banda de Vincent Adams.

—Bien, *sheriff*. Hay veces que lo procuro, pero no llego a conseguirlo plenamente.

—Se refiere a meter la mano en cosas ajenas.

—Sí. Si las truhanerías de Adams se pueden considerar cosas ajenas. Por ejemplo, cargamentos de mujeres desde México, control de ciertas mercancías por las que pide protección, marihuana y otras cosillas así.

—Conozco lo que hace Adams —repitió el *sheriff*.

—Ya ve. Yo no puedo remediarlo. En cuanto puedo, le doy un susto.

—Esta vez se lo han dado a usted.

—Pero no me siento incómodo en el fondo. Esos tres eran de mala ralea.

Lorenk observó el desparpajo de Bentley y trató de rebajárselo.

—Usted ha tenido siempre muchos jaleos en la vida, Bentley.

—Vaya. ¿Cómo lo ha sabido desde tan lejos?

—Tengo un archivo. Todos los *sheriffs* tenemos un sistema circular de informes. Usted sale siempre en la «B» de Bentley.

Larry sonrió, mostrando la doble hilera de dientes blancos.

—Es la primera persona que me dice que soy popular.

El *sheriff* respiró profundamente.

—Por fortuna, usted cuenta con un montón de casos resueltos en favor de la ley. Hay un cartón amarillo donde va todo. Los *gun-man* de su clase figuran en esos cartones de informes.

—Eso de amarillo está bien.

—Casi todos los años rompemos un montón de fichas amarillas. ¿Entiende la metáfora, Bentley?

—Ajá, *sheriff*. Usted quiere decir que de los buenos quedan pocos.

Lorenk sacudió la cabeza pacientemente.

—Bentley…

—¿Dígame, *sheriff*?

—Salga ahora mismo de Park City.

Larry Bentley ladeó la cabeza observando al joven *sheriff* y notando por él una simpatía creciente.

—Son muy retorcidas sus palabras, *sheriff*. Pero entiendo que desea que me largue volando.

—Ese es el calificativo —acabó el *sheriff* por sonreír.

Larry también lo hizo, echando la cabeza hacia atrás.

Luego, dio media vuelta, dirigióse a la puerta.

—Aunque no lo crea, voy a convertirme en un hombre pacífico, *sheriff*. Cuando lo sea, volveré por aquí y beberemos unos vasos juntos.

—Vamos, Bentley. Salga antes de que apriete demasiado el sol.

Larry desapareció en el hueco de la puerta y sus pasos se escucharon cada vez más débiles al alejarse por la acera.

El regordete del bazar cerró la boca por largo rato abierta.

—Vaya hombre con agallas, *sheriff*.

El representante de la ley no dijo nada y palmeó la espalda del dueño del bazar.

El regordete salió con él hasta la puerta y luego se despidió, yendo hacia su negocio, que acababa de ser limpiado por el servicio de bomberos de Park City.

El *sheriff* Lorenk se mantuvo pensativo en la acera y sus ojos se fueron levantando poco a poco y fueron a clavarse finalmente en los billares de Jimmy.

Se movió echando a andar hacia allí.

Al asomarse a las puertas de la casa de juego se detuvo y desparramó la mirada por el interior.

Sólo había dos mesas ocupadas. Una por cuatro individuos que discutían a voz en cuello y que bajaron el tono al ver al *sheriff*.

La otra mesa, más cercana a la puerta, estaba flanqueada por dos hombres que jugaban al trece y catorce.

El *sheriff* Lorenk se aclaró la voz.

—¿Alguien de ustedes ha visto a dos individuos, uno pelirrojo y otro con la nariz muy achatada?

Uno de los jugadores de la mesa de a cuatro dejó el taco en el suelo y se rascó una barba muy poblada.

—¿Se está refiriendo a esos que acaban de liquidar?

—Sí.

El de la barba apuntó a los dos jugadores solitarios.

—Pregúntele a ésos. El pelirrojo y el chato jugaron con ellos.

El *sheriff* examinó a la pareja de jugadores de trece y catorce.

—¿Es cierto?

El individuo alto y de nariz aguileña asintió de inmediato.

—Exacto, *sheriff*. Se unieron a nosotros en una partida a

troneras. Los dejamos jugar, pero sin muchas ganas. Luego vimos que eran muy sucios en el juego.

El individuo que jugó con Lent y Charlie se rascó la corva nariz…

—Luego apareció un tipo que les estuvo hablando en voz baja. Se marcharon los tres. Desde entonces, Dan y yo estamos jugando al trece y catorce…

—¿Cómo se llaman ustedes?

El alto hizo una mueca.

—Yo, Ben Cuty, y éste, Dan Daniels. Pero le repito que no tenemos nada que ver con esa pareja…

—¿De dónde vienen ustedes?

Ben alzó los hombros.

—El *sheriff* de Cornell Creek nos conoce muy bien. Puede preguntarle por nosotros. Ahora venimos a trabajar en la recolección del algodón. Dicen que hacen falta manos.

Lorenk los observó largo rato y tomó mentalmente nota de sus datos personales para una ulterior investigación.

—Me gustaría tenerlos cerca, por si los necesito…

—¡Oh, muy bien! —exclamó Ben—. Estamos a su disposición. Ya sabe, el *sheriff* de Cornell Creek nos…

Lorenk asintió interrumpiendo la frase de Ben Cuty y se fue hacia la puerta.

Ben y Dan se miraron al verlo marchar.

Entonces, dieron la vuelta a la mesa y se dirigieron sin hablar hacia los lavablos.

Empujaron la puerta y se metieron dentro.

Ben abrió la canilla del agua y se lavó las manos sucias de tiza gris.

Aprovechó las manos mojadas para lavarse la cara y hacer gárgaras.

Oyó la voz queda de Dan desde el receptáculo de al lado.

—La cosa está que arde.

Ben vio que la toalla estaba mugrienta y renunció a secarse con ella, sacando su pañuelo para enjugarse el rostro.

—Quién iba a imaginar la falta de suerte de Lent yCharlie.

—Ahora tendremos que hacerlo solos.

Ben arrugó la cara y se guardó el pañuelo.

—No me gusta. La verdad es que el *sheriff* es un tipo con ojos de buitre. Parece que nos leía el pensamiento.

—No debiste decirle que el *sheriff* de Cornell nos conoce, Ben.

—¿Acaso no es cierto? Aquel bastardo nos conoce, a través de los barrotes de su celda. Pero es una triquiñuela para ganar tiempo.

Dan salió del receptáculo y ahora fue Ben quien desapareció allí dentro.

—Tenemos poco tiempo, tal y como se han puesto las cosas, Ben.

Ben tardó unos minutos en contestar, pero dijo finalmente:

—Hemos de recuperar esa confesión del senador sea como sea.

Dan asintió, mirándose en el espejo falto de azogue en varios puntos y comprobó que necesitaba afeitarse.

—No quiero imaginarme la cara que pondría el senador si nos volviéramos allá con las manos vacías.

Ben salió del pequeño recinto y se encaró con Dan.

—Vamos a hacerlo ahora mismo, Dan.

—Estás loco. ¿Cómo?

Ben lo empujó a un lado y escupió por el agujere de la pileta.

—Ahora que quedamos solos los dos, hemos de valernos más del ingenio que de la fuerza. Le quitaremos al *sheriff* esa confesión del senador, aunque tengamos que aquietarlo primero por la espalda.

Dan asintió sin comprender y no dijo nada.

Ben apretó la canilla del lavabo que se empeñaba en gotear y la cerró definitivamente.

—Cogeremos al *sheriff* en su propia casa. Dos contra uno a que tiene allí la confesión de nuestro jefe.

Dan hizo una mueca.

—Acostúmbrate, aunque estemos a solas, de llamarle el señor senador. Gregory Harper se empeña por encima de todo, en borrar el pasado.

—Es cierto…

Dan sonrió irónicamente.

—Si la gente supiera la clase de senadores…

Ben lo interrumpió, golpeándole el brazo.

—¿Quieres callar, estúpido? Esas cosas ni en broma.

—Está bien, Ben. Lo que no me explico es cómo Gregory Harper firmó esa confesión que está a punto de llevarle a la ruina.

Ben le dirigió una mirada muy dura.

—¿Quién diablos te manda a ti hacerte esa clase de preguntas, Dan? Nosotros estamos para recuperar la confesión del señor Harper. No para curiosear en el asunto, ¿entiendes?

—Sí, Ben. Los mil pavos por barba que recibiremos es lo que cuenta.

Ben soltó un gruñido.

—Ahora vamos a casa del *sheriff* Lorenk.

Abrió la puerta y estuvo a punto de tropezar con uno de los cuatro jugadores que entraban en aquel momento. Era el de la barba que los había acusado ante el *sheriff*.

—No me guardan rencor, ¿eh, amigos? —dijo el de la barba.

Dan fue a replicarle echando mano del revólver, pero Ben lo atajó con un gesto y sonrió:

—¡Oh, no, caballero! Por fortuna, no tenemos nada que ver con esa gente de los tiros.

El de la barba enseñó tres dientes en la encía superior.

—Ya se les ve a ustedes otra pasta —dijo, y se metió en el lavabo.

Dan y Ben cambiaron una mirada y finalmente se dirigieron hacia la puerta de la calle por donde desaparecieron.

La puerta del lavabo se volvió a abrir casi al mismo tiempo y el de la barba se dirigió a los únicos jugadores que había en los billares, sus tres compañeros.

Uno de cabello castaño levantó la cabeza desde el tapete verde.

—¿Te empapaste de lo que decían?

El de la barba se acercó sonriente.

—Se van ahora de cabeza a casa del *sheriff*. Parece ser que se han olido que allí está el papel con los pecados del senador.

Los que estaban al otro lado de la mesa se movieron inquietos.

Uno de ellos, un sujeto de labios torcidos hacia afuera, miró al de cabello castaño.

—¿No te parece que debíamos movernos aprisa, Billy? Estaría bueno que esa pareja de gaznápiros echara a rodar nuestro plan.

Billy se pasó la mano por el cabello castaño.

—Ellos no saben dónde está el papelucho —dijo—. En cambio, nosotros sabemos dónde lo tiene guardado el bastardo del *sheriff*. Ahí tienes la diferencia.

El de la barba, que había escuchado a través de la puerta del lavabo, se rascó la pelambrera pensativamente.

—Lo malo es que aquí parece haber un buen lío. Primero aparece Elmer Hunter, que viene de parte de nuestro jefe, y se coge a dos de esos tipos y va a por la piel de Larry Bentley.

—Recuerda que Hunter era nuevo en la banda y que Vincent, nuestro jefazo, le endilgó el trabajo de eliminar a Larry Bentley para probar si era bueno y lo ingresaba definitivamente en nuestra pandilla. Ha resultado una cacatúa.

—Segundo —continuó el de la barba—. Da la casualizad de que Hunter se dirige a dos de los sujetos de parte del senador Harper y para postre esos chicos quieren ganar unos dólares extra además de los que les suelta Harper.

—El largo brazo de la ley de las probabilidades —dijo Billy—. Hunter no nos conocía.

—Tercero. Larry Bentley acogota al aspirante a nuestra plantilla y a los dos tipos del senador.

—Conocéis de sobra a Bentley. Enreda las cosas aun sin querer. Y precisamente, las nuestras.

—Cuarto. Esos dos bastardos, Ben y Dan, se quieren hacer los listos y mira por dónde dan en caliente y van derechos a casa del *sheriff* a rescatar la confesión del senador. Quinto, Larry Bentley y el *sheriff* Ralph Lorenk se sonríen y quedan a partir un piñón. ¿No es el mundo una cosa rara, chicos?

Los tres hombres que escuchaban al de la barba asintieron con sendos gruñidos.

El que los dirigía, Billy, sacudió la cabeza y un mechón de pelo castaño le cayó sobre la frente.

—Lo raro está en que Larry Bentley no sabe una palabra del caso del senador y, sin embargo, se ha cargado a miembros de las dos partes interesadas. Además, se deshace en abrazos con el *sheriff*, quien tiene el conejo escondido.

Todos rieron.

Luego, abandonaron los tacos y se sacudieron las manos.

Billy separóse de la mesa al frente de los otros.

—Cuando rescatemos esa confesión del senador y la pongamos en manos de nuestro jefe, la banda de Vincent Adams va a cambiar de vida, sí, chicos. Todos ostentaremos cargos de importancia y

tendremos los bolsillos bien llenos. El senador Gregory Harper nos lo dará todo con tal de que ese documento no salga nunca a la luz. Muchachos, está muy cerca el tiempo en que vamos a bendecir la hora que nos pusimos a las órdenes de Vincent Adams. ¿Os imagináis a todos nosotros metidos en política, con lujos y buenas fulanas al alcance de la mano?

El de la barba soltó una carcajada parecida al graznido de un pajarraco comedor de carroña.

—¡No me lo imagino, porque se me ponen los diente demasiado largos!

Las risas atronaron los billares de Jimmy.

Billy se acercó a la puerta.

—Andando a casa del *sheriff* Lorenk, chicos.

Justo entonces sonaron unos disparos en la calle.

CAPITULO III

Quienes habían hecho fuego fuera eran Dan y Ben, que habían sorprendido al *sheriff* Lorenk de espaldas a la vía pública, cuando cerraba la puerta de su oficia.

El *sheriff* Lorenk se había dado cuenta en el último instante y esquivó de milagro las dos postas que zumbaron cerca de sus orejas.

Lorenk dio un salto sesgado y cayó detrás de unos bidones de hierro, por entre los cuales mandó una inmediata andanada de plomo.

Ben y Dan ya retrocedían hacia el lado de enfrente, maldiciendo y disparando, pero su retirada fue cortada en seco por dos plomos del *sheriff* Lorenk.

Ben soltó el «Colt» y se llevó presurosamente las manos al hígado sintiendo terribles dolores. Se puso muy amarillo y repentinamente cayó soltando bilis por la boca entreabierta.

Dan empezó a correr tirando el «Colt» para aliviarse de peso y montó de un salto en el primer caballo que le vino a mano, con objeto de emprender una fuga desesperada.

Pero ya llevaba un par de balas en el cuerpo y después de una furiosa galopada por plena calle Mayor, desvió el caballo desbocado y entró por la vidriera de una cantina.

El caballo se puso a dos patas sobre el suelo y lo hizo resbalar de la silla en medio del comedor.

Dan rodó por el suelo, dejando un rastro de sangrey varias personas que estaban en el *saloon* entraron atropelladamente en el lavabo para vaciar los estómagos.

El *sheriff* Lorenk apareció en la cantina esgrimiendo el «Colt» humeante y se detuvo con las piernas abiertas, en compás, al ver al tipo muerto en el suelo.

Sus dos ayudantes aparecieron en pos de él, con evidentes señales de haber sido arrancados bruscamente del sueño. Los dos se frotaban los ojos.

—¡Caramba, *sheriff*! —exclamó el más grandote y pesado de movimientos, moviendo el rifle hacia el suelo—. ¿Qué clase de menú sirven hoy aquí?

El rostro de Lorenk era una máscara inexpresiva.

—Sacadlo inmediatamente —dijo.

Se dio vuelta y salió a la calle, enjugándose el sudor del rostro.

El ayudante grandote apareció por detrás de él.

—Oiga, jefe. Aquí pasan cosas muy raras desde hace tiempo. ¿Qué es lo que se cuece?

Lorenk observó la expresión de inquietud en la cara redonda del ayudante.

—Nada importante, Chuck. Lo sabrás a su debido tiempo.

Chuck rió de modo poco agradable. Tenía muchas aprensiones.

—Eso lo dice por evitarme el susto, jefe. Le conozco mejor que su madre.

—Calma, Chuck. Mucha calma.

Chuck tragó saliva.

—Mire, jefe. A nadie se le pasa por alto la manera de moverse que tiene estos días.

—Calma, Chuck.

—¡Si creo que duerme con un ojo abierto, jefe! Oiga, cálmeme de veras demostrándome que no pasa nada.

—Mírame las manos, Chuck. Las tengo tranquilas.

—Ay qué risa, jefe. Usted no tiembla, aunque vea a Satanás. Eso es lo que me inquieta. Sabe estar tranquilo cuando lleva dinamita entre las manos. Y ahora juraría que algo peor que la dinamita se está pasando de manga a manga para alelarnos sin que nos demos cuenta.

—Bebe una copa, Chuck. Estás muy hablador.

El grandullón hizo una mueca y desistió de seguir indagando. Se coló murmurando por lo bajo en el comedor.

—Son muchos para el mismo día —se miró la manaza y los dedos abiertos—. Con este son cinco los tipos listos para el embutido.

* * *

Dos horas después, el *sheriff* Ralph Lorenk se limpió los labios con la servilleta y levantó la mirada hacia su hermana, que manejaba los platos en la cocina.

—Katherine…

La muchacha se dio vuelta y acercóse secándose las manos en el delantal.

—¿Quieres la uva, Ralph?

Lorenk la miró a los ojos y observó huellas de preocupación a través de su rostro sonriente.

—¿Tienes preparada la maleta?

Katherine empalideció ligeramente.

—Prefiero quedarme a tu lado.

—Vas a salir esta noche.

La chica contrajo el rostro dolorosamente.

—¡No puedo dejarte solo, Ralph!

—Tienes que irte sin falta. He ordenado a Chuck que prepare el tílburi. En casa de tía Rosa estarás mejor.

—Pero, Ralph…

—Una muchacha necesita otros aires distintos a los de Park City, aunque sólo sea por una temporada. La ciudad te iría bien hasta que pase todo.

Katherine apretó los labios. Sabía que ocurría algo anormal pero nunca acostumbraba a inmiscuirse en los asuntos de la profesión de su hermano.

—Tengo miedo, Ralph.

—Por eso vas a irte.

—¡Tengo miedo de que te ocurra algo a ti, Ralph!

El *sheriff* de Park City se puso en pie. Hizo una bola con la servilleta y la arrojó contra el sillón de cretona, pero Katherine hizo una excepción aquella noche y nole gritó.

Ralph sirvióse un pocillo de café en la cocina.

—No necesito decirte que algo importante está sucediendo. Si permaneces aquí, yo siempre estaría en desventaja ante posibles enemigos.

Katherine no dijo nada. Estaba apoyada en el canto de la mesa y miraba con expresión vacía el plato de salsa a medio comer.

Ralph continuó:

—Hay gente tan repulsiva que no dudaría en servirse de ti para obligarme a ciertas cosas. No quiero que te suceda nada, Katherine.

Ella lloró, apresurándose a enjugar las lágrimas con la punta del delantal, del que se desposeyó a continuación.

—Bien, Ralph.

El *sheriff* le dio vuelta a la taza para arramblar con el azúcar del fondo y bebió el residuo de un trago.

—Si te das prisa, tendrás la maleta hecha en diez minutos. Chuck vendrá en seguida y te esperará ahí enfrente.

Katherine asintió, pero salió precipitadamente al sentir que las lágrimas afluían a sus ojos.

Ralph Lorenk se dio la vuelta y miró por encima de la taza la puerta por donde Kathy acababa de desaparecer.

Su rostro adquirió una expresión más pétrea. Sirvióse otra taza de café y acudió con ella al sillón de cretona.

Alargó una mano hacia la pianola de cuerda, pero desistió al notar que no estaba para música.

Levantó la tapa de al lado y vio el papel doblado: Laconfesión del senador Gregory Harper, que por un juego de la suerte había llegado a sus manos.

Hacía un mes que estaba allí desde que se la trajo un sujeto herido de muerte llamado Louis Parrit. El hombre habló muy poco porque le sobrevino un infarto por la hemorragia interior, pero antes de expirar puso en manos de él, Ralph Lorenk, la sorprendente confesión del senador Gregory Harper.

Ralph sabía que el documento atraería a gente interesada, por consiguiente, armada hasta los dientes. Ahora las cosas habían dado el estallido desde que Larry Bentley había matado a tres sujetos y poco después, él, Lorenk, había estado a punto de morir por la espalda a manos de Ben y Dan.

De pronto, se envaró al escuchar un crujido abajo.

Se oyó un grito de Katherine seguido de varios disparos.

Ralph Lorenk saltó del sillón, sintiendo que el corazón le subía a la garganta y que la mente se le quedaba en blanco. Abrió la puerta casi arrancándola y se lanzó escaleras abajo.

Su hermana estaba tendida en el vestíbulo.

Ralph lanzó un rugido ronco y corrió hacia ella, abrazándose al cuerpo inerte y la llamó cien veces, la sujetó durante mucho tiempo

y tuvieron que arrancársela a viva fuerza sin poder entender a los que hablaban y le decían que Katherine estaba muerta.

CAPITULO IV

Bill Cramer se llevó dos dedos a la frente y apartó el mechón de cabello castaño.

Luego, se acercó a su caballo color canela, de fina estampa donde lo único que discrepaba era la silla rota, descosida por un borde que dejaba al descubierto la fibra del interior.

Billy sacó de la camisa la confesión del senador Harper y la escondió en la rotura de la silla de montar, muy adentro.

A continuación, vio al tipo de la barba que se le acertaba con los ojos llenos de excitación.

—Será mejor que entremos a jugar una partida —dijo el de la barba.

Billy asintió observando por el rabillo del ojo a la gente que acudía en masa hacia la casa del *sheriff* Lorenk.

Los dos entraron en los billares de Jimmy y vieron sus dos compinches que habían llegado ya y estaban entretenidos en hacer rodar las bolas.

—Hola, chicos —dijo Billy.

El de los labios torcidos volvió la cara hacia él y sonrió.

—Ha sido un buen trabajo.

En cambio, el más joven de los cuatro, un joven rubio y nervioso, se mordisqueó el labio inferior.

—¿Era preciso cargarse a la hermana? —dijo.

Billy lo miró con las pupilas veladas.

—En esta vida hay que hacer cosas desagradables Tom.

Tom tragó saliva y no quiso que el desacuerdo se reflejara en sus ojos azules. Manejó las bolas inquieto

Se oyó la carcajada parecida al graznido de un cuervo. Era el de la barba.

—Ha sido bueno eso de liquidar a la muchacha mientras Lorenk estaba junto al piano. Si no es por la chica a buena hora despegamos a ese bastardo de allí.

—¿Por qué no habláis de otra cosa? ¿Cuándo nos vamos?

Billy lo miró ceñudo.

—Eres un mocoso. ¿Quieres acaso que relacionen nuestra huida con el barullo de ahora? Lorenk tendrá nudos en las tripas y volverá el mundo boca abajo pan encontrar a los que apaciguaron a su hermosa hermanita.

El de la barba rió.

—Entonces juguemos al billar.

Billy guiñó un ojo.

—Y no estará de más acudir al entierro. Le daremos nuestra expresión de condolencia a Lorenk. ¿No se dice así, chicos?

Todos rieron menos el rubio, que estaba más nervioso que nunca. De pronto tragó aire con fuerza y deje escapar la tiza de las manos. Se quedó mirando los dedos.

Billy frunció el entrecejo al ver que el rubio les miraba.

—¿Qué tienes ahora, Tom?

—¡Las huellas de tiza!

Billy y los demás lo miraron con desconfianza.

—¿Qué diablos estás dando vuelta?

Tom palideció como un muerto y se humedeció los resecos labios.

—¡El vestido de la muchacha! ¡Era blanco!

—¿Y qué tiene que ver? ¿Estás loco?

Tom señaló las manos de sus compinches.

—¡Seguro que dejasteis huellas en el vestido! ¡Lorenk lo descubrirá en seguida!

Billy se encaró con el barbudo pues congeniaban a fondo.

—¿Oyes eso, Hermógenes?

El barbas se quedó con los ojos abiertos como platos y, de pronto, apuntó al rubio con un dedo.

—¡Muy bueno! ¡Pero que muy bueno!

Billy los miraba con sospecha.

—Bien, ¿qué ensalada es ésa? Empecemos por ti, Hermo. ¿De qué diablos te ríes?

Hermógenes no podía contestar, porque ahora la risa lo sacudía

convulsivamente y las lágrimas le brotaban de sus ojos legañosos.

—¡Hemos dejado una pista!

—¿Y eso es lo que te gusta, Hermo?

—¡Muchísimo, Billy! ¡Me vuelve loco de alegría!

Billy se plantó delante de él.

—Escupe lo que te mueles en el molinillo.

Hermógenes saltó a la pata coja sin dejar de reír y, de pronto, se quedó serio, sacando el «Colt» como por arte de magia.

—No tardaremos en liquidar a Lorenk.

Hubo un silencio.

Billy opinaba que Hermo estaba algo loco, aunque era simpático, pero ahora veía que acababa de dar en el clavo.

—Entiendo —dijo—. Supongo que quieres que zanjemos la probable investigación de Lorenk.

—Está muy triste el chico. ¿Por qué no quitarle los pesares de una vez? Así lo enterrarán con su hermana del alma.

Los demás estaban muy impresionados. El barbudo era un cerebro anormal.

Billy arrugó el labio superior.

Hermógenes rió, cogiéndose el vientre.

—Sólo tenemos que esperar aquí. No tardará en llegar. Es de los tipos que se reponen en seguida.

El rostro del rubio era la misma máscara del terror.

—¿Y si viene en compañía de medio pueblo?

El de la barba torció la cabeza como un pájaro de mal agüero.

—Le daremos gusto al dedo y saldremos de aquí sin un rasguño.

—Sí.

Hermógenes dijo bruscamente:

—Incluso podemos negarlo. Diremos que alguien lo hizo para echarnos barro encima. Has hecho bien en esconder la confesión en el roto del caballo canela.

El rubio tembló ostensiblemente y se dirigió a la puerta para echar una ojeada. Allí se comió las uñas.

Se dio cuenta de que la gente había dejado de circular por la calle. Tal vez era debido a que todo el pueblo se había abocado a casa de Lorenk.

De pronto vio algo que le hizo paralizar el corazón y le proyectó los globos de los ojos afuera.

Un individuo alto y moreno surgió por un callejón. La expresión y aspecto que traía dificultó a Tom para reconocerlo como el *sheriff* Ralph Lorenk.

Tom abrió la boca y gritó histéricamente.

—¡Está ahí! ¡El *sheriff* Lorenk!

Los otros tres hombres subiéronse los cintos con las armas al mismo tiempo y echaron a andar hacia la puerta.

Atravesaron los batientes y bajaron la acera quedando inmóviles.

Tom acudió también y se escudó en la columna del porche.

Ralph Lorenk se detuvo al verlos y su rostro aparecía inexplicablemente tranquilo, a pesar de que se veían vestigios de la tormenta interior.

Se puso en movimiento y ahora sus pasos se hicieron más largos.

Billy le sonrió, guiñándole un ojo.

Hermógenes soltó la carcajada de avechucho.

—Enhorabuena, Lorenk —dijo en medio del silencio de la calle —. Es usted todo un sabueso…

Ralph empezó a correr hacia ellos y sacó los dos revólveres.

Los cuatro forajidos también desenfundaron gatillando al mismo tiempo que el *sheriff*.

Las detonaciones llenaron la calle Mayor de Park City.

El de los labios salientes vomitó un juramento y se cogió el vientre dilatando mucho los ojos.

Cayó contra el polvo, pero nadie le hizo caso, porque el fuego se recrudeció espantosamente. Murió entre estertores.

El barbas y Billy saltaron hacia el porche de enfrente.

El *sheriff* Lorenk dio vueltas sobre el polvo y gatilló sin interrupción.

Una de las balas se llevó la rótula del rubio Tom, quien gritó espantosamente diciendo que no había tenido nada que ver con la muerte de la chica.

Pero sus gritos fueron cortados por los estampidos.

Lorenk recibió un fuego cruzado de Billy y el de las barbas.

Apenas notó los dos plomos que le entraron por el costillaje. Apretó el gatillo del revólver más lleno y sonrió al ver que Billy volcaba la cabeza hacia atrás, casi decapitada por dos balas.

Hermógenes vio el desaguisado y se rascó la barba.

—¡Mi madre, qué día! —y echó a correr.

El *sheriff* le clavó una bala en el corpachón y lo derrumbó sobre la calzada.

Tom era el único que podía sobrevivir y se deslizó por entre las sombras de un callejón, arrastrando la pierna inútil y desapareció.

Entonces, el *sheriff* Ralph Lorenk murió abatiéndose flojamente en el suelo.

Algunas personas salieron precipitadamente de las casas al ver que el sujeto de las barbas trataba de incorporarse trabajosamente.

Hermógenes se apretó el vientre y comenzó a correr dificultosamente. Viendo que la multitud le daba alcance, volvió el cuello para gritar:

—¡Eh, muchachos! ¡Tened compasión de un pobre viejo!

Siguió corriendo y perdiendo terreno, sintiendo que la sangre le manaba de las entrañas.

—¡Oídme, buena gente…! ¡Soy un viejo con buenos sentimientos!

Le dieron alcance a la altura de la peluquería de Gordon y aprovecharon el saliente de hierro del letrero donde lo colgaron en el escaso tiempo de treinta segundos.

Larry Bentley apareció en un portal y vio de lejos el cuerpo del *sheriff* Lorenk. Cuando iba a correr, una de las chicas de Doris le llamó por la ventana.

—Eh, Larry… Que te olvidas los juguetes.

La chica lo dejó con el paquete y escondióse.

Larry fue el primero en llegar junto al cadáver de Lorenk y su rostro adquirió angulosidades de gravedad. Le cerró los ojos y dijo:

—Me acordaré siempre de usted, Lorenk.

Luego se levantó y echó a andar hacia los billares de Jimmy.

Notó que varias personas lo miraban con curiosidad y decidió poner fin a su paso por Park City.

Se decidió por el mejor caballo sujeto a la barra. Tenía la silla un poco estropeada, pero no importaba. El animal era de un hermoso color canela y prometía ser veloz, debido a sus remos largos y finos. Un buen caballo. Ató el paquete, montó de un salto y seguidamente espoleó el animal con suavidad, dirigiéndose hacia la salida de Park City, rumbo a Cravenville.

CAPITULO V

Tres días más tarde, Larry Bentley llegó a las afueras de Cravenville y detuvo el caballo color canela, palmoteándole cariñosamente por el comportamiento durante el viaje. Luego echó una mirada circular para examinar la desconocida ciudad que ocupaba el fondo de un valle muy ancho.

Seguidamente extrajo un periódico arrugado y lo desdobló, fijando la vista en el anuncio, motivo de su viaje:

«Agraciada viuda, con dos hijos, niño y niña, poseedora de rancho excelente, desea colaboración de hombre serio, pacífico, con buena salud, oscile entre los veintiocho y treinta y cinco. Abstenerse si no reúne todas estas condiciones. Dirección, Sra. Miller. Rancho La Cruz, Cravenville. Condadt Stanley, Texas».

Larry desvió la mirada del anuncio cien veces leído cuando oyó la voz cascada de un viejo a pocos pasos de él.

Era un anciano de barba blanca, cortada en punta.

—¿Dicen que baja el precio del algodón?

Larry sacudió la cabeza.

—Se mantiene. ¿Conoce el rancho La Cruz?

El viejo abrió los ojos y se desprendió la pipa de gruesa cazoleta de entre dos dientes.

—¡Cáscaras! —exclamó—. ¿Usted también va allí?

Larry frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir con eso de que voy allí, abuelo?

—Me llamo Natan Armessi —se rió por un costado de la pipa.

—Soy Larry Bentley.

—Mucho gusto. Verá, señor Bentley. Estos días había un verdadero alud de tipos en el rancho La Cruz. Forastero que llegaba, se iba de cabeza allí en busca de la agraciada viuda.

—Oiga, abuelo. Me estoy deshinchando por momentos.

Natan rió entre dientes.

—Lo más fuerte parece que ha pasado desde que la señora Miller, la viuda, utilizó un truco para eliminar aspirantes al puesto.

—Usted se ganaría un doble de whisky si me pusiera al corriente, abuelo…

—Allá voy —Natan carraspeó y soltó un guiñapo sin molestarse en quitarse la pipa de la boca—. En vista de que se había formado una cola respetable en la puerta del rancho La Cruz, se pasó revista a la gente y todos opinaron que se había llovido por allí mucha basura.

—Ya voy entendiendo.

—La señora Miller llegó a la conclusión de que se libraría una batalla para alcanzar el puesto. Se originaban algunas peleas en la cola que duraban día y noche.

—No sabe cómo estoy sobre ascuas.

—Bien, Bentley. La solución la encontró la misma señora Miller. El día de la revista oficial a los tipos de la cola, la señora Miller buscó a una mujer del pueblo para que la sustituyera y se hiciera pasar por ella. La mujer se llama Betty *la Sustos*.

Larry asintió.

—Comprendo.

—Betty tiene una cara más o menos así —Natan sacó los dientes sobre el labio inferior y torció la cara bizqueando.

Larry retrocedió sobre la montura.

—Por favor, abuelo. Va a derribarme de la silla.

El viejo rió con ganas.

—Fue histórico, muchacho. En cuanto los tipos de la cola empezaron a pedir en voz en grito que querían conocer a la viuda, soltaron desde dentro a *la Sustos*. Tenía que haber estado allí, Bentley. Se produjo una desbandada general y algunos de los más flojos se tiraron de cabeza en el abrevadero para reponerse de la impresión.

—Debió ser un espectáculo.

—Lo fue, Bentley. Cuando Betty se presentó como la señora Miller, zarandeándose en su vestidito de organdí por todo el patio, aquello pareció una estampida de reses. Algunos se taparon la cara y se fueron retirando poco a poco con el tiempo justo para tomar el

empalme ferrocarril a San Ludovico. Los más remisos fueron atendidos por el doctor.

—Supongo que no quedó nadie.

Natan soltó un escupitajo.

—Ahí es donde se equivoca. Sí, Bentley. Hubo tres fulanos que aguantaron de firme ante la perspectiva del rancho en funciones y todavía están allí jurando en voz alta que la señora Miller es la mujer más bonita de Cravenville y sus alrededores.

—Hay estómagos resistentes.

—Esos tres individuos lo deben tener. Por cierto, que el aspecto de ellos dice a las claras que están necesitados de su gran oportunidad.

—Mugrientos.

—De pies a cabeza, Bentley. ¡Lo que hace la necesidad!

Larry se masajeó el mentón, sonriendo.

—Bien, abuelo… Ahora descríbame a la verdadera señora Miller. ¿Guapa?

Natan se las arregló para silbar sin quitarse la pipa de los labios y produjo algo semejante al escape de una locomotora.

—Alta calidad.

—¿Edad?

—Unos veintitrés…, veinticuatro. No más.

—Eh… ¿Configuración?

—Más bien alta. Mucho por arriba y mucho por abajo, partido por una cintura muy estrecha. Parece una avispa reina. Tiene los ojos muy grandes y, para acabarlo de arreglar, es morena. Con el cabello muy negro. La piel debe ser de seda o algún sucedáneo mucho mejor.

—Se explica usted muy bien, abuelo. ¿Cómo fue lo de su marido?

Natan se masajeó la barba.

—Según dicen, fue un accidente allá en Iowa. Aunque se ha guardado mucha reserva sobre esto. Mal me huele. La verdad es que la señora Miller apareció hace un mes con las dos criaturas y compró el rancho La Cruz que estaba en venta desde hacía tiempo. Un par de haraganes se ocupaban de él, pero parece que la idea de la señora Miller es buena. Quiere un hombre de responsabilidad y energía para que dirija el rancho… y que pueda llegar a convertirse

en su marido. ¿O qué interpreta usted con ese señuelo de «Agraciada viuda»?

—Estamos de acuerdo. La señora Miller quiere… responsabilidad.

—Parece una mujer decente y seria. A mí me cayó simpática, aunque me ahuyentó como un perro lobo cuando me quedé mirándola con la boca abierta.

Bentley miró hacia el lugar que señalaba el viejo Natan con la punta de la barba.

Natan escupió.

—Bien, abuelo. No quiero perder más tiempo. Nos veremos en el bar del pueblo.

—Tenemos buenos abrevaderos en Cravenville. Puede ir al *saloon* Centro y allí brindaremos si tiene buena suerte. Se la deseo.

—Gracias —Larry se tocó el ala del sombrero y espoleó el caballo canela.

Pasó de lejos por la parte delantera del rancho y vio a tres sujetos agazapados bajo un árbol.

Dio la vuelta a la casa y llegó ante un muro que servía de tapia al patio interior. Descabalgó.

Soltó el caballo por el pequeño prado y se acercó a la tapia.

Ajustó la puntera de las botas a los intersticios de las piedras y trepó llevando a cuestas el paquete de juguetes.

El perro lobo salió disparado de su caseta y se plantó abajo, enseñando una dentadura inquietante.

Larry vio a los dos niños que jugaban a trenes con latas vacías. La niña fue la primera en verlo.

—¡Un hombre! —exclamó.

Larry sonrió apaciguador y se las compuso para deshacer un paquete y lanzarlo a la niña.

—Soy el tío Larry. ¿No te acuerdas?

La niña se acercó a la caja y el perro meneó la cola al ver la amistad de los niños con el desconocido y se introdujo en la caseta.

La pequeña era rubia, de unos siete años. Vio la muñeca a través de la tapa entreabierta de la caja y sonrió.

—¡Hola, tío. Larry!

A continuación, Larry se dejó caer y soltó los juguetes por el patio.

No se entretuvo. Se dirigió prestamente hacia la cristalera posterior y la empujó.

La casa estaba tranquila y no había nadie a la vista.

Vio una mecedora y se dejó caer en ella notando entonces el peso de los tres días de camino.

Justo entonces oyó un grito femenino.

—¿Qué está usted haciendo en esta casa?

Larry descruzó las piernas y volvió a medias la cabeza.

Se puso en pie al ver que el viejo tenía razón.

Pegó un respingo y retrocedió.

Ella se le acercó amenazadoramente y Larry trató de contenerla.

—Por favor, Betty… Usted no tiene realmente malas intenciones.

Betty asomó los dientes por debajo del corto labio superior y se movió a saltos hacia Larry, quien pudo comprobar que la chica era muy corpulenta.

—¿Cómo sabe mi nombre? —gritó ella con su voz estridente.

Larry siguió retrocediendo y observó tras muda búsqueda que Betty tenía unas orejas preciosas.

—Esas orejitas…

Betty corrió hacia él resollando peligrosamente.

—¡Conozco el truco, sinvergüenza…!

Larry reculó intuyendo que alguna vez se vería con la retirada cortada.

De pronto chocó con un cuerpo humano y se vino abajo arrastrando a alguien.

Larry quedó hecho un ovillo con la persona que acababa de arrollar, pero ciertas características le dijeron que era una mujer.

Volvióse y la vio tal como era.

—¡Oh, señora Miller!

La ayudó a ponerse en pie y la miró de arriba a abajo.

Correspondía a la descripción que había dado el viejo y admiró la voz de la experiencia. La señora Miller tenía de todo. Su rostro era maravilloso, su cintura maravillosa y poseía otro montón de cosas maravillosas.

La voz también lo era, pero dijo entre dientes:

—¿Va a salir por su propio pie o llamo al perro?

Larry trató de sonreír sintiendo un nudo en la garganta. Si los de la cola hubiesen sabido la verdad, se habría producido una seria

revuelta.

Ella perdió la paciencia y llamó al can.

El perro lobo se acercó corriendo y lamió la mano de Larry.

Los bellos ojos negros de la señora Miller relumbraron con fuerza.

—¿Cómo ha conseguido entrar aquí, señor…?

—Me llamo Larry Bentley. De los Bentley de Texas.

—¿Cómo ha…? —empezó la hermosa mujer a repetir.

—Ha sido cosa de la suerte. En mi pueblo tenía un parque de adiestramiento de perros lobos.

—Supongo que trata de hacerse el gracioso para contener el golpe.

—¿Qué golpe, señora Miller? —la fotografió con la vista.

—Bien —La hermosa lo examinó con ojos entreabiertos—. Usted debe venir por el anuncio del periódico.

—En cierto modo —Larry pareció pensativo.

—¿Qué quiere decir en cierto modo?

—Verá… En este rancho trabajó de criada mi tía Remedios. De eso hace ya muchos años. Pero siempre me hablaba de que esto era un paraíso. Cuando vi el anuncio, quiero decir la dirección, voté por dejarme caer por aquí.

La señora Miller pestañeó desconcertada.

—Me gustaría saber si dice la verdad. Usted es de esa clase de hombres que quieren salvar las situaciones hablando por los codos.

—Soy hombre de pocas palabras.

—¿Qué ha hecho hasta ahora, señor Bentley?

Larry respiró aliviado.

—¿Quiere decir que me admite?

—Todavía no he hablado en ese sentido.

—Ajá. Comprendo —Bentley miró al techo—. Primero estuve diez años en un rancho allá en Kansas. Me crió un viejo que era un modelo de bondad. Le llamaban Sam *el Pacifico*. Luego, anduve cierto tiempo en varios ranchos distintos hasta que me salió lo del parque de perros. Allí gané lo mío.

—Pero leyó el anuncio y decidió acercarse por Cravenville. —En las palabras de la señora Miller había una sombra de ironía. La experiencia tenida con la cola de los días anteriores la había capacitado para catalogar a los hombres.

—Sí —dijo Larry—, leí el anuncio… y me dejé caer por aquí con el corazón encogido de recuerdos.

Bajó la vista al suelo.

La señora Miller lo observaba cautelosamente.

—Por lo menos, ha sido hábil en burlar la vigilancia de los niños. ¿Cómo lo ha hecho, señor Bentley?

Pero ella se contestó a sí misma al ver a los niños enredados con unos juguetes nuevos. La niña había movido una palanquita de la muñeca y mostraba la mano mojada llena de alborozo.

La señora Miller entornó las largas pestañas.

—Sí, señor Bentley —dijo más lentamente—. Ha sido usted muy hábil.

—Por favor, señora. Va a abochornarme.

La bella viuda respiró con fuerza.

—Oiga, señor Bentley. No hace falta que haga una comedia cuando se le ve cierta desvergüenza fuera de serie…

—¿Qué es lo que dice? —Larry retrocedió un paso.

—Ha tenido la osadía de saltar la tapia y usar ciertos métodos que son postizos.

—No tengo nada postizo, señora Miller.

—Sin embargo —continuó ella con el mismo tono de voz—, repito que ha sido muy audaz al pensar en algo que los demás no habían caído. Los niños. Hubo sólo un individuo que les tiró caramelos para atraerlos, pero usted ha sopesado mejor la situación y ha puesto toda la carne en el asador. Les ha mandado juguetes como Papá Noel y ellos se han encargado de inutilizar a «Plumb».

—«Plumb», el perro.

—Sí, señor Bentley. —Las respuestas de Larry iban subiendo la presión de la bella dama—. Voy a ponerle a prueba, señor Bentley.

Larry se animó mucho.

—¡Es una buena idea!

La señora Miller tragó un poco de aire y enrojeció.

—Voy a encargarle una misión —dijo—, Pero antes quiero que sepa una cosa y se la grabe en la cabeza.

—¿Qué cosa, señora Miller?

Ella hizo una pausa para resaltar lo que iba a decir.

—He visto que el comienzo de «agraciada viuda» en el anuncio ha sido un error. Se ha prestado a muchas confusiones, cuando yo

sólo quería que el aspirante a capataz supiera que no iba a trabajar a las órdenes de una anciana llena de malhumor. Escribí «viuda joven» y los periódicos lo cambiaron por «agraciada». Poca diferencia hay, pero he tenido ciertas dificultades a causa de eso.

Larry se hizo cargo del problema de la mujer y por primera vez asintió sinceramente.

—Entiendo, señora Miller. Pondremos remedio.

—De eso quiero hablarle, señor Bentley —dijo la bella viuda—. Va a salir a la valla y disuadirá gravemente a esos individuos para que se marchen de una vez. Los tengo ahí desde hace días.

Larry se percató de que Betty *la Sustos* no estaba a la vista y dijo:

—Hombres de esa voluntad merecían pasar a formar parte del personal del rancho. Necesitaremos gente así.

—Sobre todo, quiero un capataz pacífico. Lo recalqué en el anuncio. Si esos hombres valen según su opinión, hágalos entrar. En caso contrario, haga lo posible para que se vayan sin mucho ruido. Confío en su discreción.

—Estoy lleno de eso, señora Miller.

Ella comprimió los labios tratando de averiguar el sentido de la frase.

Por fin dijo:

—Si sale bien de la prueba primera, empiece a trabajar siempre que olvide lo de «agraciada viuda».

Larry dejó caer los brazos.

—Eso, señora Miller —carraspeó—, será un poco más difícil.

Los ojos de ella chispearon.

—Sin embargo, será lo principal para que continúe o no en este rancho. Nada más, señor Bentley.

Larry la vio desaparecer por detrás de las gruesas cortinas, y se demoró un poco en salir.

De pronto, vio asomar a Betty y tuvo que retroceder hacia el exterior.

Cruzó el porche y caminó hacia la puerta de la valla.

A medio camino se tropezó con un sujeto medio dormido contra el tronco de un árbol.

Larry lo golpeó suavemente con la bota y lo despertó.

—Vamos, muchacho. Ha sonado la hora de trabajar.

El tipo hizo una mueca de mal humor y se encogió de hombros.

—Aquí no hay reloj.

Larry apretó los puños.

—¡Dong! Sonó la hora.

—Maldita sea. Usted debe ser uno de los tipos que viene a esclavizarme.

—¿Cómo te llamas, terremoto?

—Puog Scobbie —gruñó el individuo desperezándose.

—Andando, Puog. Aquella valla del fondo está algo caída.

Puog se marchó como si le pidiera permiso a las piernas y diciendo algo inaudible entre dientes.

Larry le sonrió y luego reanudó el camino hacia la valla donde estaban esperando agazapados los tres únicos aspirantes.

Uno de ellos, sujeto de cara ancha, fuerte constitución y grueso cuello, levantó los ojillos bruscamente y apuntó a Larry con una de sus manazas.

—¡Mirad, chicos! ¡Un fantasma!

Los otros dos levantaron la cabeza con brusquedad.

Uno de ellos era rubio y se incorporó de un salto, pestañeando.

Larry los conocía a los tres y era lo último que deseaba encontrarse en este mundo.

Apartó la puerta de la valla y se dirigió al rubio.

—Levantad las anclas, muchachos. El concurso quedó desierto.

—¿Qué chamullas, Larry? —dijo el rubio torciendo la cara.

—Voy a ser el amo.

El rubio alargó uno de sus brazos y soltó una carcajada.

—¡Todos a coro, chicos! ¡Vamos a carcajeamos de Larry!

—¿No os lo creéis, eh? —dijo Larry.

El rubio negó descaradamente.

—Tendrás que sacudirme para que crea que no es un sueño, ¡El puerco de Larry Bentley metido a ranchero! Increíble.

Larry sonrió mirándose las rayas de la mano donde una gitana le dijo que tendría muchos hijos.

De pronto proyectó la diestra y la estrelló en la cara del rubio, quien cayó al suelo cuan largo era.

Pero el rubio sonrió desde allí acariciándose el mentón.

—Ya os dije que sólo un milagro nos permitirla entrar por la puerta grande del rancho La Cruz. El milagro es Larry. Lo vamos a mondar de una paliza entre los tres y así obtendremos los

oropeles… Manos a la obra.

Los tres sujetos se arrancaron al mismo tiempo hacia Larry considerando de inmediato la buena sugerencia del rubio.

Larry esperó primero al del cuello de toro y le pegó fuerte al hígado

CAPITULO VI

El grandullón se encogió como una albóndiga patada y se puso verde.

—¡Tramposo! —aulló.

Larry quiso excusarse, pero no pudo porque el rubio se le venía encima y era más peligroso por sus triquiñuelas.

Hurtó el cuerpo a un patadón directo a la ingle y lo convirtió en un rodillazo en la cadera.

Acto seguido, disparó un gancho muy propulsado y pudo hacer blanco por segunda vez en el mentón del rubio.

El rubio se llamaba Jerry y era conocido por sus porquerías en la lucha. Al caer en el suelo tomó un puñado de tierra y lo lanzó a la cara de Larry, pero el joven lo conocía de tiempo y cerró los ojos antes de que lanzara la carga.

Jerry entonó una sarta de maldiciones y se dirigió al individuo de la cara de perro que estaba conteniendo los primeros puñetazos cortos de Larry.

—¡Mátalo de una vez, Amos!

Amos era peligroso con las uñas.

Fingía un furioso uno dos y de pronto se las ingeniaba para arrancarle los párpados al antagonista. Nunca lo había conseguido, pero los arañazos conseguían darle la victoria.

En esta ocasión, Larry le pegó un revés y le metió las uñas en la boca para que se las comiera.

Larry le cerró el maxilar por el sencillo medio d aplicarle un castañazo sesgado y Amos se machacó los dedos en su desigual dentadura.

Jerry trataba de buscar un hueco entre los antagonistas para lanzar la bota al estómago de Larry, pero el pesado corpachón de

Isaías se lo impedía.

—¡Quita de en medio, Isaías! ¡Quita que lo voy a machacar!

Isaías se apartó cediéndole el paso.

Larry rió con ganas percutiendo el pómulo del rubio junto al ojo. Sabía el significado de la frase «quita que lo voy a machacar, Isaías». Significaba, coge la piedra y machácalo, Isaías. Tenía un lenguaje muy peculiar.

Isaías cayó rodando como un bisonte que pierde la fuerza en el remo delantero y atrapó una piedra.

Larry chascó la lengua porque todo aquello pasaba de la raya.

Les dio la sorpresa sacando el revólver.

Isaías se contuvo con la piedra en lo alto.

El rubio torció las facciones lleno de rabia.

—¿Qué suciedad es ésa? ¿Así se pelea, Larry?

—No —sacudió la cabeza Larry—. Dicen que es de puercos…

A continuación, usó la mano izquierda para alcanzaal rubio. Le pegó en el estómago y era lo único que Jerry no resistía por nada del mundo.

El rubio se encogió vomitando un precario desayuno y quedó arqueándose junto al árbol.

El tipo de los arañazos todavía bailoteaba mirándose los dedos sangrantes.

Larry lo cogió al vuelo y le incrustó los nudillos en la cara, justo entre los ojos.

Amos cayó como un saco.

El del cuello de toro, Isaías, lanzó una maldición y la piedra todo junto.

Larry hizo fuego una vez.

La bala desvió el pedrusco y lo hizo caer sobre la cabeza del rubio, que se había incorporado, y quedó definitivamente fuera de combate.

Isaías gimió de pánico ante el disparo y empalideció.

—¡Por todos los santos, Larry! ¡No juegues con eso…!

Larry accionó el revólver a modo de puntero.

—Carga con esos dos.

—¿Yo solo?

—Demasiado sé que puedes hacerlo. ¿Le doy gusto al dedo?

Isaías se apresuró a recoger a los caídos en medio de una danza

nerviosa.

Los levantó como dos plumas y se los cargó resollando.

—Adiós, Larry. Hasta nunca.

Se dio vuelta y renqueó con los dos tipos sobre los hombros.

Larry hizo fuego otra vez.

El gordo saltó a pesar del peso que soportaba.

—¿Qué infiernos quieres, Larry? ¡Ya nos marchamos!

Larry movió el revólver hacia la puerta varias veces.

—Mételos dentro.

Isaías abrió los ojos de par en par.

—¿Dentro del rancho?

—Sí, muchacho. Dentro. Os voy a dar unos juegos de manos para que os entretengáis.

Isaías meneó la cabeza alelado, pero atravesó la valla.

—¡Que me cuelguen, Larry! Nunca te entenderemos. Primero nos apaleas y ahora quieres que entremos en el rancho La Cruz. ¿Es que soy torpe?

Larry mantuvo el revólver en la diestra para que avivara el paso, aunque no pensaba hacer fuego nuevamente.

De pronto se escuchó una galopada por la parte trasera de la casa y súbitamente vio aparecer a dos jinetes que tiraban del caballo color canela.

Larry gritó con fuerza y echó a correr a lo largo de la valla. Los dos jinetes parecía que no esperaban otra cosa que ser sorprendidos por el dueño del caballo. Hicieron ostentación del abigeato y al mismo tiempo sacaron los revólveres.

Larry se detuvo contra las maderas de la valla.

—¿Qué son ustedes? ¿Cuatreros?

El jinete delantero empezaba a descolgarse de la silla a estilo indio y enseñó unos dientes puntiagudos como prolongación de su apepinada cabeza.

—Somos coleccionistas de caballos, muchacho.

El que tiraba de las riendas del potro canela dio una cabezada.

—Ujú. Y precisamente tenemos la manía de coleccionar los de color canela.

El de la cabeza deforme se valió de ella para sacudir una disconformidad.

—Dile la verdad, Juck. Es que sólo nos falta uno canela para el

lote.

—¡Es cierto! —asintió Juck con los ojos muy abiertos.

Larry percibió a través del suelo las pisadas nerviosas de Isaías que, al olerse plomo, no acertaba a desprenderse de los dos desmayados y correr en busca de refugio.

Larry chascó la lengua.

—Señores —dijo—. Eso está muy castigado por la ley.

El de la cabeza de pepino asintió.

—Es lo que le decía a Juck ahora mismo. Por eso añadí que lo mejor era eliminar al tipo que podía denunciar el abigeato.

Larry se hizo cargo de los dos sujetos.

—Yo, ¿eh?

Cabeza Larga sonrió.

—Exactamente, amigo. Usted.

A continuación, se descolgó definitivamente del caballo y empezó a disparar.

Juck le secundó sin abandonar las riendas del caballo canela.

Larry ya estaba correteando por detrás de los listones de la valla y, entre hueco y hueco, dejó escapar un proyectil.

El primer premio le tocó a Juck, quien recibió un plomo en la laringe.

Gritó con fuerza, pero las cuerdas bucales debían estar hechas un ovillo porque le salió un trompeteo como el chillido de la comadreja y se vino abajo dando un salto.

El de la cabeza larga acusó el segundo premio con dos balas en lo alto del tejado que lo escalparon completamente gratis llevándose mucho cuero cabelludo y otras sustancias inconcretas.

También saltó de cabeza y Larry apartó el rostro con desagrado al escuchar el chasquido semejante a pasta muy líquida.

El caballo color canela relinchó al verse libre de las riendas y acudió al lado de Larry.

Larry acarició la crin del animal y lo calmó con unas palmadas en la quijada.

Isaías arrojó los dos hombres que llevaba encima sin mucho miramiento y él mismo quedó sentado entre ellos, los ojos muy abiertos y la cara enorme empapada de sudor.

Larry dio la vuelta y se encaminó lentamente hacia el porche, después de haber asegurado al potro canela en la valla.

Vio a la bella señora Miller con las manos en las mejillas y el rostro muy pálido, a punto de dejar escapar un grito mucho tiempo contenido.

En eso, Puog, el peón, se encogió de hombros y miró al ama ladeando la cabeza.

—Oiga, patrona. ¿Este era el tipo pacífico que esperaba?

CAPITULO VII

Mauren Miller se levantó de la cama sintiendo cierta contrariedad porque se le hubieran pegado las sábanas.

Se ahuecó el cabello negro y le cayó en cascada sobre los hombros. Miróse al espejo y apretó los labios diciendo en voz alta:

—¿Por qué tuviste que dormirte a las cuatro de la madrugada pensando en aquel estúpido de ayer?

Se mantuvo largo rato contemplándose, pero la imagen reflejada en el espejo no parecía encontrar contestación.

Una idea fugaz la hizo sonrojarse súbitamente.

Se apartó con brusquedad diciéndose que aquella mañana estaba muy descontenta de sí misma.

De pronto respiró aliviada. Por fortuna había puesto de patas en la calle a Larry Bentley apenas terminó el tiroteo; y, con toda seguridad, Bentley no volvería más.

¿Nunca más? Arrugó el gesto sin saber por qué. La incipiente respuesta que se daba le disgustó por completo y cambió rápidamente de pensamiento.

Miró hacia fuera contemplando el rancho La Cruz que un día sería la envidia de Cravenville.

De pronto tragó aire con fuerza.

A través de los cristales pudo ver a Larry Bentley que se movía de un lado a otro y braceaba dando órdenes a alguien que estaba fuera del campo visual de ella.

Interpretó los rumores roncos que alcanzaban a atravesar los cristales desde hacía rato como la voz estentórea y dominante de Larry Bentley.

Mauren atrapó una bata de seda y se la ciñó al cuerpo notando que le venía muy estrecha. Luego se ablucionó y acabó su tocado en

pocos minutos.

Salió bruscamente de la habitación y llamó:

—¡Puog!

El peón tardó unos segundos en aparecer.

—¿Manda algo, patrona?

—¿Qué hace el señor Bentley en el rancho?

Puog se quedó con la boca entreabierta y, por fin, la pregunta atravesó la espesa corteza de su cerebro.

—¿El señor Bentley? ¡Oh, están ahí desde las cuatro de la madrugada!

—¿Cómo?

Puog se echó a reír de pronto y se llevó una mano a la coronilla para rascarse a su gusto.

—Hay cosas que no las comprendo. Por ejemplo, cómo ciertos tipos tienen tantas ganas de doblar el espinazo.

Los bellos ojos de Mauren Miller relumbraron mirando al peón.

—Ahórrate el esfuerzo.

Puog sacudió la cabeza.

—¿Recuerda ese enorme corral medio derribado que | tenemos que levantar?

Mauren pestañeó.

—¿Cómo no voy a acordarme?

—Está levantado.

—¿Qué…?

—Está en pie, patrona.

Mauren trató de decir algo, pero optó por salir corriendo hacia el patio delantero.

Atravesó la zona del jardín y acudió a los corrales.

Una edificación que resultaba nueva por lo rápido de su erección podía apreciarse en lugar del corral medio derribado.

Los tres desagradables sujetos, Jerry, Amos e Isaías, estaban moviéndose de un lado a otro a una velocidad endiablada y clavando clavos como si fueran a ganar un concurso, todo ello bajo los consejos y dirección de Larry Bentley, quien se abanicaba con un plano de la edificación.

—¿Qué está usted haciendo en mi rancho, señor Bentley?

Larry saltó al ver a la hermosa dueña del rancho La Cruz.

—Buenos días, Mauren. ¿Qué me dice del nuevo establo?

Ella clavó sus lindos ojos negros en él.

—¿Se cree un tipo listo, eh?

—Puede creer que lo soy.

—¡Le dije que no pusiera nunca los pies en el rancho, señor Bentley!

Larry chascó la lengua.

—Lo oí perfectamente, Mauren. Pero tenía que despedirme dejándole el establo en condiciones. Luego, me limpiaré el polvo de las botas.

Ella ladeó la cabeza sonriendo con una pizca de sarcasmo.

—¿Ha tratado de congraciarse, eh?

—Quería…, oh, dejarle un buen recuerdo de mi paso por La Cruz.

El rubio Jerry se hizo el remolón aprovechando el diálogo y dejó caer los brazos.

Larry sonrió e hizo mención de saltar sobre él, poniéndolo en condiciones de trabajar nuevamente.

Se volvió hacia la bella mujer.

—¿Se da cuenta, Mauren? Se necesitan buenos brazos para levantar el rancho. ¿Cómo va a hacerlo después de su fracaso con el anuncio?

—No le estoy pidiendo opinión, señor Bentley.

—Pero se la doy como consejo. Usted necesita gente como nosotros.

—Hombres pacíficos y serios…

—¿Quién ha dicho que no somos pacíficos? ¿Y en cuanto a serios…? Ya puede mirar las caras de esos chicos. Puros maderos.

Mauren se fijó en los rostros sudorosos y atormentados por el trabajo de los tres gandules que se movían muy a su pesar.

Mauren se volvió hacia Larry.

—Usted parece demasiado diestro con el revólver. Lo demostró con aquellos dos ladrones de caballos ¿Sabe una cosa, señor Bentley?

Larry la miró al fondo de las pupilas.

—Quisiera leer en sus ojos, Mauren.

Ella aspiró aire.

—He tenido que alejar a mis dos hijos. Los tengo en casa de mi vecino después de los sucesos de ayer. No quiero pensar si amigos

de aquellos abigeos se dejaran caer para vengarse en seres inocentes.

—Una medida muy prudente.

—También forma parte de la prudencia rogarle a usted que se aleje de aquí. Algo me dice que usted es de los que atraen desaguisados. Fíjese, nunca pasó nada en el rancho hasta que usted apareció.

Larry sopesó las palabras de Mauren.

—Tal vez —dijo—. Pero le aseguro que en el fondo soy una balsa de aceite.

Ella le enseñó los dientecillos muy blancos.

—Menuda balsa de aceite —dijo—. Apenas acabe el establo, puede decirme el importe de la reparación y marcharse sin olvidarse de ese trío.

Larry la vio darse vuelta y entrar en la casa.

Durante ese tiempo, Larry mantuvo cortada la respiración porque en su vida había visto una bata tan impresionante como aquélla.

Se dio cuenta de que los tres tipos se aprovechaban de su abstracción para descansar en el suelo.

—¡Infiernos, mano a las tablas y los clavos!

Jerry, Amos e Isaías se pusieron en pie de un brinco.

Jerry fue el primero en protestar.

—¡Nos faltan tablas del diecisiete! ¡Eso es lo que nos falta!

Larry comprobó que Jerry decía la primera verdad en su vida.

Se rascó la barbilla.

—Tendremos que ir a buscarlas al aserradero del pueblo.

—¡Yo te acompaño! —dijeron los tres sujetos al mismo tiempo para huir del trabajo en el rancho.

Larry los examinó uno a uno.

—Tú, Jerry, cavarás los agujeros para los puntales. Tú, Amos, ¿Qué hay para Amos, Puog?

El peón asomó la cabeza.

—Hay una tonelada de patatas que mondar para la cena.

Amos gimió.

—¡No, Larry! ¡Patatas, no!

Larry se volvió hacia el sonriente Isaías.

—No, muchacho. Tampoco te necesito. Busca trabajo en la

casa… ¿Quién podría cuidarte?

Betty asomó los dientes por la ventana.

—¿Puedo servir yo, señor Bentley?

—De maravilla. Lo dejo en sus manos, Betty.

El corpulento Isaías se quedó serio de golpe y se cubrió la cara con las manos, apoyándose desfallecido en las tablas.

Larry se dirigió hacia el caballo color canela y de paso ordenó a Puog que repartiera el trabajo y preparase el carromato.

Poco después, Larry y Puog salían en dirección al pueblo.

Mauren los vio partir asomada tras los cristales de su habitación y, al fijarse en la gallarda figura de Larry Bentley suspiró involuntariamente.

Se dio cuenta del suspiro y acudió al espejo, diciendo a su propia imagen con los dientes apretados:

—¿Conque no sabías por qué te dieron las cuatro de la madrugada sin pegar un ojo, eh?

Y a continuación empezó a cepillarse el cabello furiosamente.

CAPITULO VIII

Rex Stamp, lugarteniente del forajido Vincent Adams, se acercó a los cristales de la ventana y señaló hacia la calle.

—Ese del caballo color canela es, Mac.

Los grises ojos de Stamp brillaron con odio al ver a Larry Bentley que apersogaba el caballo ante el *saloon* Centro y comprobaba que no le quedaba fuera de la visual.

Mac y otros dos sujetos miraron también por los cristales.

—Como si no lo conociéramos, Rex —dijo Mac—. Nos ha revuelto la combinación más de una vez. ¿Por qué existirán tipos así?

—Tenéis que liquidarlo sin el menor fallo. Será más prudente que intentar quitarle el caballo canela.

Mac entornó sus ojos porcinos.

—Estoy pensando y no dejo de darle vueltas si el bastardo de Bentley sabe o no lo de la silla del caballo.

Rex Stamp miró a los tres hombres que tenía al lado.

El jefe y yo hemos llegado a la conclusión de que, por primera vez, Bentley no sabe lo que lleva debajo de las posaderas.

—Yo no me fiaría —porfió Mac.

Stamp lo miró duramente.

—Tenéis que partir de esa idea, Mac. Bentley no sabe ni por asomo lo del papel del senador.

—¿En qué os fundáis el jefe y tú, Rex?

Stamp volvió a mirar al sonriente Larry, que ahora se estrechaba la mano con un viejo de barba en punta que dibujaba unas formas femeninas en el aire hablaba al mismo tiempo muy excitado.

—Es muy sencillo para listos, Mac —dijo Stamp— Si Bentley supiera lo que se cuece en la silla del caballo canela, nunca habría

venido a Cravenville. Es demasiado bueno el asunto para que vaya a chapotear en un negocio de viuda enriquecida.

—Ya veo la luz, Rex.

—Por otro lado, Bentley estaría danzando como un endemoniado tratando de sacar partido a la confesión Andaría muchas millas de este agujero con vacas y moscas.

—Ahora veo todo el resplandor —volvió a decir Mac.

Stamp desvió la mirada de Larry Bentley abajo a la calle y examinó a Mac y los dos chicos.

—Me gustaría que le sentaseis las cuentas a Bentley antes de que el jefe venga en persona. Muy bueno sería para nosotros cuatro que, cuando llegara, nos frotáramos las manos y dijéramos: «Jefe, Bentley ya se pudre y aquí en el sobaco llevamos la confesión. Rumbo a la capital».

Mac sonrió mostrando unos dientes como palas de fundición.

—No en balde eres el brazo derecho del jefe, Rex. Tienes agallas y personalidad.

—Todo lo que hace falta para cuando ostentemos cargos públicos gracias a la confesión del senador Harper.

—Sí, Rex —cabeceó Mac—. Ya tenemos que despabilarnos si hemos de manejar a las masas.

Rex Stamp alargó una mano y golpeó con el dedo entre los ojos de Mac.

—Para eso hay que hacer las cosas con mollera y empezar ahora mismo.

—Yo ya me he lavado las manos con jabón —dijo Mac, y se volvió riendo hacia los chicos porque se encontraba gracioso.

Rex Stamp señaló los revólveres encima de la mesa.

—Caed sobre él los tres al mismo tiempo. Ya sabéis quién es Bentley.

Mac hizo un movimiento aprobatorio.

—Descansa, Rex. Ese tipo ya está respirando sus últimas raciones de oxígeno.

* * *

Larry saltó del caballo y Puog del pescante al llegar frente al aserrador de Horace Martin.

—Yo haré el pedido, señor Bentley —dijo Puog.

—Corriente, muchacho.

Larry sacó la bolsa del tabaco y papel y se puso a liar un cigarrillo.

Tres jinetes avanzaban por la calle Mayor hacia el aserradero.

Larry no les prestó mucha atención.

Terminó de hacer el cigarrillo y se lo puso en los labios.

Empezó a buscarse los fósforos, pero no los encontraba.

De pronto sonó un estampido.

Sintió la bala muy cerca de su cara y de pronto se dio cuenta de que su cigarro había quedado reducido a la mitad, pero ya estaba encendido.

Miró a los tres jinetes. El del centro era el que había disparado. Se trataba de un tipo rollizo de cabeza pequeña, frente ancha y nariz chata.

El tipo que estaba a su derecha rió.

—Ha sido un buen tiro, Mac.

El llamado Mac hizo girar el revólver en el dedo índice y lo enfundó con un movimiento preciso.

Bentley dio una chupada al cigarrillo y, mientras expulsaba el humo, preguntó:

—¿Trabaja en algún circo, compañero?

Mac y sus dos amigos se echaron a reír.

—No, Bentley. No trabajo en ningún circo.

—De modo que me conoce.

—Seguro.

—Nunca vi su pelaje.

—Yo tampoco le vi a usted, pero me dieron una buena descripción y, por si fuera poco, va montando usted el potro que nosotros necesitamos.

Larry permaneció un rato inmóvil. De pronto recordó el incidente con los dos tipos que habían querido apoderarse del caballo que había hecho suyo después del tiroteo en Park City.

—¿Para qué necesitan el potro?

—Es muy buen corredor y queremos participar en las carreras de San Leandro. Hay un premio de dos mil dólares que pretendemos ganar.

—Lo siento, pero no puedo alquilarle el potro.

Mac se pellizcó el mentón pensativo.

—¿Lo oís, chicos? El muchacho no nos quiere hacer ningún favor.

—Es una pena —cabeceó el hombre que estaba a su derecha—. Pero quizá se lo piense mejor.

Larry hizo un gesto negativo.

—No, muchachos. No hay potro.

Puog asomó la cabeza por el aserradero.

—Eh, señor Bentley. ¿Qué fue ese tiro? —se interrumpió al ver a la otra parte los tres jinetes—. ¡Mi madre que tipos!

—Métete dentro otra vez, Puog.

—En seguida, patrón —respondió el *cow-boy* y dando media vuelta se hizo humo.

Mac y sus dos compañeros soltaron fuertes risotadas.

—¿Por qué no sigue usted el ejemplo de Puog, Bentley? —dijo Mac.

—¿A qué se refiere?

—A desaparecer.

Larry señaló el potro color canela.

—No puedo hacerlo, muchachos. Ustedes se podrían llevar el caballo y le tengo gran estima.

—Quiero hacerle una pregunta, Bentley.

—Hágala.

—¿Sería capaz usted de morir por su caballo?

—Mi padre me infundió en la sangre un proverbio. Un buen *cow-boy* nunca debe desprenderse de su caballo.

—Sin embargo, éste no es el suyo.

—¿Cómo lo sabe?

—Nos lo contó un pajarito.

—Está bien, Mac, le haré un relato.

—Procure que la historia no sea muy larga. Tenemos prisa.

—Perdí mi potro a cuatro millas de Park City. El caballo se me puso enfermo de repente. No pude hacer nada por el pobre…

—Es enternecedor. Apuesto a que murió en sus brazos.

—Lo enterré y luego me largué a Park City. Tenía intención de comprar otro potro,pero se me presentó la oportunidad de hacerme con éste como pago a unos servicios.

—¿A qué servicios se refiere?

—Presté mi colaboración a la justicia para acabar con tipos

indeseables.

—Le entendemos, Larry. Usted echó un cable a un asqueroso y quiso cobrar su precio por aquel trabajo

—El potro canela pertenecía a uno de los hombres muertos, de modo que nadie lo sintió. Monté en la silla y me puse a viajar hasta este lugar.

—¿Ya acabó su fábula?

—Sí.

—Le falta la moraleja.

—Dígamela usted, Mac.

—Es la siguiente: «Nunca se te ocurra atrapar el caballo de un muerto, porque te pueden dejar tuerto».

Los compañeros de Mac celebraron con grandes risotadas la ocurrencia.

Bentley arrojó la punta del cigarrillo al suelo y la aplastó con el tacón de la bota.

—Bueno, amigos, si ya han terminado su sección de chistes, me gustaría regresar al rancho.

—No puede regresar, Bentley.

—¿Por qué no? ¿O es que insisten en quedarse con mi caballo?

—Vamos a hacer algo más que quitarle el caballo.

—Es feo amenazar a la gente, Mac.

—¿De veras?

—Yo también conozco un proverbio con respecto a eso.

—No se lo quede dentro.

Larry se rascó una patilla mientras decía:

—«Al tipo que amenaza, siempre lo convierten en melaza».

—¡Ay, que me muero! —exclamó el hombre que estaba a la izquierda de Mac.

—¡Calla, imbécil! —dijo Mac—. ¿No ves que me quiere tomar el pelo? Ya me he cansado de él. ¡Fuera revólveres!

Los jinetes desenfundaron como centellas.

Sonaron siete estampidos.

CAPITULO IX

Larry Bentley rodó por el polvo mientras disparaban.

Varias postas buscaron su cuerpo, pero sólo pudieron morder la tierra.

Al fin, quedó quieto cuando el gatillo golpeó en vacío.

Estaba de bruces y miró hacia el lado de los jinetes.

Las tres monturas corrían despavoridas.

Sus dueños estaban inmóviles en el suelo.

Bentley se puso en pie y acercóse a sus enemigos.

Comprobó que estaban muertos.

Puog gimió desde el interior del aserradero.

—¡Lo han matado, señor Martín! ¡Han matado al señor Bentley…! Por favor, acompáñeme a verle.

Larry repuso la munición de su cilindro.

En el hueco del cobertizo apareció Puog seguido de un hombre de cabello blanco.

Puog dio un respingo al ver a Larry.

—¡Señor Bentley!

Horace Martín, el dueño del aserradero, agrandó los ojos al ver los cadáveres que había en tierra.

—¿Quién le ha ayudado?

—Nadie —contestó Puog—. Él estaba solo. Lo puedo jurar.

Un hombre que portaba una estrella de *sheriff* llegó corriendo desde el extremo de la calle. Manejaba un rifle como si fuese una escoba. Estaba por los treinta y cinco años y era de cabello castaño, con muchas entradas en la frente.

Se detuvo junto a un barril lleno de agua y respiró entrecortadamente, mientras apuntaba con el arma a Bentley.

—No diga que no lo hizo o le juro que le doy el escarmiento

aquí mismo.

Larry sonrió.

—No, *sheriff*. No lo voy a negar. Yo he matado a estos tres hombres.

—Ha confesado —dijo el *sheriff* y miró hacia la puerta del aserradero, donde estaban Puog y Martín—. Ustedes son testigos.

—Oiga, *sheriff* —dijo Bentley con voz monótona—. Es cierto que liquidé a estos hombres, pero no tuve más remedio que hacerlo porque ellos se disponían a matarme.

Puog levantó la mano derecha.

—Le juro, señor Intosh. Esos fulanos eran unos asesinos. Se disponían a liquidar al señor Bentley.

—Yo también lo oí, Jet.

—¿Qué es lo que oíste?

—Esos fulanos se querían llevar el caballo de Bentley.

—¿Cómo?

—Sí, Jet. Lo escuché perfectamente. Iban a liquidarle para robarle el caballo.

Jet Intosh, el *sheriff* de Cravenville, dio una dentellada al aire mientras se volvía a mirar otra vez a Larry

—¿Por qué querían robarle el caballo?

Larry se encogió de hombros.

—Dijeron que el potro era muy buen corredor y que querían participar en la serie de San Leandro.

—Oiga, esto es un condenado lío…

—Le explicaré de qué forma el caballo llegó a mis manos, aunque tampoco servirá para mucho.

Bentley contó al *sheriff* los sucesos que habían sobrevenido en Park City.

Cuando hubo terminado, el *sheriff* Intosh cabeceó.

—Ralph Lorenk fue un gran amigo mío. Siento mucho lo de su muerte y me alegra saber que usted, en cierto modo, le ayudó en algo…

Un tipo que también portaba una estrella en el pecho avanzó hacia el *sheriff*.

—A sus órdenes, jefe.

El fulano tenía cara de sueño, el cabello revuelto, y era muy alto y delgado.

—¿Dónde estabas, Upton? —preguntó Intosh.

—Echaba una cabezada, jefe.

El *sheriff* apretó los dientes.

—¿Cuándo no estás echando una cabezada, Upton?

El ayudante forzó una sonrisa.

—Bueno, supongo que, aunque hubiese estado despierto no hubiese evitado esta masacre —señaló a Bentley—. ¿Lo encierro ya, jefe?

—No, muchacho. El señor Bentley mató en legítima defensa.

—El cuento de siempre, ¿eh?

—No, maldición. Esta vez es cierto. ¡Y no discutas conmigo, Upton!

—Sí, señor.

—Hazte cargo de los cadáveres.

El ayudante avanzó hacia los cuerpos sin vida y de pronto se detuvo mirando al del centro.

—¡Fríjoles con setas…! ¡Si es Mac! ¡Mac Kinley!

Larry frunció el entrecejo.

—¿Lo conocía, ayudante?

—Naturalmente. Pertenecía a la banda de Vincent Adams.

Larry dio dos pasos hacia Upton.

—¿Está seguro?

—Naturalmente que lo estoy. Encontré a Mac Kinley hace un mes en Face City. Estaba con el propio Vincent Adams.

Jet Intosh lanzó un rugido llegándose hasta su ayudante.

—No me contaste eso, Upton.

—¿Por qué se lo iba a contar? Estaba fuera de nuestro territorio.

—Siga contando —dijo Larry.

Upton se rascó una mejilla.

—Vincent Adams felicitó a Mac por un trabajo que acababa de realizar. Lo hizo delante de todo el mundo y luego Adams pidió bebida para todos. Pero lo bueno vino después.

—¿A qué se refiere?

Upton bajó la mirada al suelo mientras carraspeaba.

—Bueno, yo me metí en un reservado con una rubia.

—Conque rubias, ¿eh? —dijo el *sheriff*—. Ahora voy comprendiendo. Fue durante tu viaje a Saratoga City. Debías invertir tres días y volviste a los diez. En el camino te habían vuelto

a pillar los calambres.

—Es cierto, jefe. No sabe la de calambres que me dan.,. El doctor Pullock se lo ha dicho a usted muchas veces.

—Pero los calambres no te impiden tener entrevistas con rubias en los reservados.

—Fue asunto oficial, jefe. Quise interrogar a la rubia acerca de Vincent Adams y su pandilla…

—¿Y qué te dijo?

—No me pudo decir nada.

—Lo suponía. Apuesto a que en ningún momento de la conversación le preguntaste por Adams.

—Claro que sí, jefe, pero ya le digo que ella estaba pez en esa materia. Pero tuve suerte. Vincent Adams y Mac fueron a meterse en el reservado de al lado.

Larry enarcó las cejas.

—¿Hablaron de algo?

—Sí, señor, pero era un verdadero lío y yo no entendí mucho.

—¿Cuál era ese lío?

—Adams se echó a reír y le dijo a Mac algo parecido a que se harían ricos gracias a cierto papel.

—¿Qué más?

—Sólo oí eso porque luego se pusieron a hablar en voz baja.

El *sheriff* masculló un juramento.

—Estabas entretenido con la rubia y no te interesó lo que los otros hablaban.

—Oh, no, jefe, se equivoca. Yo quise cazar alguna cosa más de la conversación entre Adams y Mac, pero no lo conseguí.

El *sheriff* miró a Larry.

—¿Le sirve eso de algo?

—Me temo que de muy poco.

—Bueno, creo que la cosa está clara, Bentley. El papel a que se refiere mi ayudante debía ser el plano de una mina que habían robado a alguien durante un asalto.

Bentley había fruncido el ceño y estaba muy pensativo.

—Sí, *sheriff* —asintió al darse cuenta de que Intosh estaba esperando su respuesta—. Debe ser eso.

Upton, el ayudante, soltó un gemido por lo bajo.

—¿Se da cuenta, jefe? Cuando Adams se entere de que Mac y los

otros dos tipos han sido muertos aquí, vendrá a hacer preguntas.

El *sheriff* arrugó la nariz.

—Sí, es un mal asunto…, para Bentley.

Larry había sacado la bolsa de tabaco y estaba liando un cigarrillo con aire ausente.

—¿Qué le parece a usted, Bentley? —preguntó el *sheriff*.

—¿El qué?

—Upton se ha referido a que Adams vendrá a Cravenville.

—Conozco a Adams. Se alegrará mucho de verme.

El *sheriff* y su ayudante se quedaron con la boca abierta. Al fin, el *sheriff* dijo tragando saliva.

—Oiga, Bentley, esto es una cosa seria. Deje las bromas para cuando se encuentre a veinte millas de aquí

—No pienso viajar.

—Si yo estuviese en su pellejo, montaría en ese potro canela tan corredor y no pararía hasta llegar a Saskatchewan.

—No puedo marcharme, *sheriff*. Me contrató la señora Miller.

—Eso no puede ser una excusa.

—Me gusta hacer honor a mis compromisos, *sheriff* —Bentley dio por terminada la conversación apartándose de los representantes de la ley—¿Vas a cargar de una vez, Puog?

—Justamente se habían acabado los tableros del diecisiete. El señor Martín los preparará en seguida. Cuestión de una hora.

—Está bien, te esperaré en el *saloon* que hay en el centro de la calle.

—¿Se refiere al Diana?

—Diana o como se llame. El que está pintado de verde.

—Sí, señor.

Larry montó en su potro y cuando iba a tomar las bridas, el *sheriff* se acercó a él.

—Espere un momento, Bentley.

—Diga, autoridad.

—Tengo por costumbre evitar que un hombre sea muerto dentro de mi condado.

—Hace muy bien, *sheriff*.

—Si usted se queda, creo que lo enterraremos para siempre con esos tres.

—Bueno, Intosh, nuestra sepultura ha de estar en alguna parte y

no tengo nada contra el hecho de que la mía pueda estar en Cravenville.

Larry movió las bridas y su caballo partió al galope.

El ayudante Upton exclamó:

—¡Mi madre! ¡Qué tío con más agallas…!

—Maldita sea,… —exclamó su jefe—. Todas estas cosas sólo me pueden pasar a mí.

Larry llegó ante el *saloon* Diana y descabalgó, atando las bridas al poste.

Entró en el local y pidió un whisky en el mostrador.

Rex Stamp hallábase sentado en una mesa junto a la ventana y había quedado pálido como un muerto al ver entrar a Bentley. Minutos antes había escuchado los disparos procedentes del aserradero y había dado por seguro que Mac y los otros dos habían liquidado a Bentley.

Pero ahora ya sabía a qué atenerse. Era Bentley quien se había cargado al trío.

De pronto vio el caballo color canela en la calle. Miró otra vez a Larry que estaba entretenido con su whisky.

Infiernos, él podía arreglar el asunto sin que Bentley se diera cuenta. El documento debía seguir allí, en la silla que había pertenecido a Bill Cramer.

Sin dudarlo más, dejó una moneda sobre la mesa y salió del local.

Se detuvo en la acera unos instantes, junto a la columna del porche, y miró a sus espaldas. Por encima de las hojas de vaivén vio la cabeza de Larry. Continuaba pensativo.

Bajó del porche y se acercó al potro color canela.

Descubrió en seguida la abertura que había en la silla. Metió la mano y se puso a buscar el documento entre el relleno.

Por aquel lado no estaba.

Cambió de posición para seguir registrando.

De pronto sus dedos tocaron el papel.

Bueno; allí estaba.

Empezó a tirar suavemente de él para no rasgarlo.

De pronto oyó una voz a su espalda:

—Eh, ¿qué hace ahí?

Soltó el papel y corrió la mano por la silla mientras volvió la

cabeza.

Sí; allí estaba aquel maldito de Larry Bentley mirándolo con ojos escrutadores.

—Tiene un buen caballo, amigo —contestó palmeando el anca del potro color canela.

—¿Tiene algún interés por él?

—Me gustan los caballos de fina estampa y que me emplumen si el suyo no posee una de las mejores que he visto en mi vida.

—¿Cuál es su nombre?

—Rex Stamp.

—¿Es de aquí?

—No. Sólo estoy de paso. Me iba ya.

Se acercó a su alazán que estaba un poco más allá y desató las bridas.

Miró de reojo hacia Bentley esperando que no lo vigilase. Entonces sacaría el revólver y le metería unas cuantas balas en el cuerpo.

Pero Larry seguía en el mismo lugar observándolo con atención.

No tuvo más remedio que subir a la silla.

—Bueno, amigo —dijo—. Hasta la vista.

—Buena suerte, señor Stamp —repuso Larry.

Rex le dirigió una sonrisa y fustigó su cabalgadura, la cual emprendió un trote rápido hacia el sur de la calle.

Bentley lo vio desaparecer por el último recodo y entonces bajó del porche y detúvose ante el potro.

—Oye, ya sé qué nombre te voy a poner. A partir de hoy serás «Deseado». Sí, muchacho, te quiere demasiada gente. Pero, ¿por qué? No niego que tienes una buena lámina, pero creo que existe demasiada curiosidad por ti.

Vio la abertura de la silla. No estaba allí cuando él la dejó. Entonces una idea cruzó por su mente. Metió la mano. Sus dedos tocaron en seguida un papel. Se quedó allí con la mano quieta mientras el corazón le golpeaba más fuertemente en el pecho.

Desconocía el contenido de aquel papel, pero sí sabía ya por qué habían muerto unas cuantas personas.

CAPITULO X

Larry Bentley entró en el reservado y cerró la puerta dando una vuelta a la llave.

Entonces sacó el papel y desplególo. Leyó su contenido que decía así:

«Yo, Gregory Harper, senador del estado de Texas, confieso en este momento que mi verdadero nombre es Walter Richmond y que, por tanto, soy el mismo hombre que hace veinte años cometió el asalto al Banco Nacional de Denver y el mismo que robó en Wichita, Dodge, Tombstone y otros lugares de Texas. Y en posesión de mis facultades mentales y por arrepentimiento, firmo la presente en Austin a 17 de noviembre de 1875.»

Debajo estaban las dos firmas hechas con la misma caligrafía Gregory Harper y Walter Richmond. Un poco más abajo había otra nota en la que se decía:

«Esta declaración ha sido voluntariamente hecha ante los ayudantes del sheriff de Austin, Keene Kaufman y Boris Wynn en la misma fecha arriba reseñada». A continuación, estaban la firma de Keene Kaufman y Boris Wynn.

Larry dio un suspiro.

Bien; el asunto estaba suficientemente claro. El *sheriff* de Park City había muerto por aquello y lo peor era que también habla muerto su hermana por la misma razón.

Había oído hablar del senador Harper. Se decían muchas cosas malas de él, aunque nadie podía probar nada. Pero allí estaba el documento que lo podía llevar a la fosa.

En un diario de tres meses atrás había leído que dos ayudantes del sheriff de Austin habían sido muertos a balazos y, aunque no recordaba los nombres, ahora podía jurar que se trataba de Boris y

Keene. Podía reconstruir los hechos sin temor a equivocarse. Kaufman y Wynn se informaron de alguna forma de que Harper era el ex forajido Richmond. Se dejaron caer por su casa y le sacaron la confesión a punta de revólver. Naturalmente, eso daría oportunidad a Harper para decir que la confesión le había sido sacada por la fuerza, pero no le serviría de nada ya que una simple comprobación de su pasado pondría las cosas en claro. Por ello, el propio Walter no podía consentir que esa declaración llegase hasta la oficina del *sheriff* y los dos ayudantes habían sido asesinados en la calle.

Luego debió ocurrir algo muy sencillo. Uno de los asesinos determinó hacer su negocio. Aquel documento le podía suponer a él mucho dinero. Decidió chantajear al senador Harper.

El *sheriff* Lorenk de Park City liquidó a aquel pistolero por algún asunto anterior y al registrar el cadáver le encontró encima el documento.

No quería pensar mal de Lorenk, aunque era extraño que hubiese retenido aquella prueba tan importante sin darle curso oficial. Había una explicación. Lorenk debió tener miedo de que Harper pretendiese vengarse ordenando la muerte de su hermana.

Bien; ahora él era el depositario de aquel documentó. Se echó a reír. Vincent Adams el forajido trabajaba por cuenta de Harper y él y su pandilla habían sido encargados por el senador de la importante misión de recuperar aquel papel.

Ya estaba aclarado el secreto del potro color canela. Su propietario, un matón de la pandilla de Harper, se había apoderado de él en la propia casa del *sheriff*, pero más tarde, el *sheriff* de Park City hizo justicia cargándose a los asesinos. Y él había ido a elegir el caballo en cuya silla habían escondido el documento.

Se puso en pie y dobló el papel cuidadosamente, introduciéndolo en el bolsillo superior de la camisa.

El *sheriff* Intosh y su ayudante se iban a llevar una buena sorpresa cuando les comunicase su descubrimiento.

Dio la vuelta a la llave de la cerradura.

De pronto la puerta le golpeó en el cuerpo haciéndolo retroceder.

Fue a llevar la mano a la funda, pero se quedó quieto al ver que Rex Stamp le apuntaba con un «Colt».

Stamp entró en el reservado, y sus labios se curvaron en una

sonrisa.

—Hola, Bentley.

—¿Sabe quién soy yo?

—Y también sé lo que tiene.

—¿Qué es lo que tengo?

—El documento.

—Oh, sí, se refiere a mi contrato con la señora Miller.

—¿De qué está hablando? ¿Se cree que estoy loco? Usted sabe lo que es. Cuando desaparecí de su vista, me detuve en la esquina y lo vi hurgando en la silla. Buscaba el documento que usted sacó. Luego se vino aquí para leerlo.

—Oh, no. Estaba esperando una pelirroja y me dio un plantón.

—Vamos, Bentley. Deje el papel sobre la mesa.

—¿Y qué pasará luego?

—Cogeré el papel y me marcharé.

—¿Dejándome vivo?

—Claro que sí. Será el premio a su colaboración

—¿Sabe que es un trato que me conviene?

—Lo suponía.

Bentley sacó el papel del bolsillo. Sabía perfectamente que Rex Stamp no cumpliría su palabra. Naturalmente, Rex le iba a meter unos cuantos plomos en el cuerpo. Pero él había decidido saltar cuando se apoderase del papel.

Lo dejó sobre la mesa.

—Ahí lo tiene, Rex. Es suyo.

—Muy bien, retroceda.

—¿Qué dice?

—Retroceda hasta la pared del fondo.

—¿Es que no se fía de mí?

—No. No me fío. Sé de lo que es capaz. Le doy dos segundos para echar a andar.

Bentley soltó una maldición por lo bajo mientras retrocedía hacia la pared.

Rex Stamp se acercó a la mesa y cogió el papel que rápidamente guardó en el bolsillo.

—Gracias, señor Bentley. He hecho un buen negocio al dar con usted. Encima de eso voy a cobrar el premie que Vincent Adams da por su piel.

Bentley saltó sobre el forajido cuando éste disparaba.

Sintió el tremendo estampido en los tímpanos y creyó que se quedaba sordo, pero luego pensó que eso no tenía importancia una vez muerto. Su mano acertó a golpear en el abdomen de Rex y el pistolero se fue por el hueco.

Disparó otra vez desde el corredor, pero ya Bentley rodaba por el suelo.

Estrelló la cabeza contra la pared y allí quedó aturdido, escuchando la carrera de Stamp hacia la calle.

Se puso en pie, pero estuvo a punto otra vez de caer al suelo.

Se preguntó si tenía una bala en la cabeza, pero se tocó ansiosamente sin encontrar sangre.

Entonces salió del reservado y dando un traspié, avanzó, gritando:

—¡Detengan a ese hombre! ¡Deténganlo!

La clientela del *saloon* había quedado despavorida al oír los estampidos y la mayoría se habían tirado al suelo para no encontrarse con una bala perdida.

En aquel momento, Larry oyó una fuerte galopada. Rex Stamp huía.

Sacó el revólver, pero lo hizo con movimiento lento, porque todavía no era dueño de sus reflejos y se precipitó por las puertas de vaivén.

Tropezó con una persona y los dos se vinieron abajo.

Larry comprendió que era una mujer cuando oyó su grito.

Ambos quedaron sentados en la acera, y entonces Bentley vio ante sí a la señora Miller.

El gorrito de la joven había quedado en mala posición, casi sobre sus ojos, y estaba muy cómica a pesar de su belleza.

—¿Usted otra vez, señor Bentley?

Larry soltó un gemido y, enderezándose rápidamente, saltó a la calle con el revólver en la mano. Pero ya no vio ni rastro de Rex Stamp.

Desde la acera le llegó la voz de Mauren.

—Es usted un grosero. Ni siquiera me ha ayudado a levantarme.

—Perdone, señora Miller —se excusó él—, pero estaba metido en un negocio.

El *sheriff* Intosh llegó corriendo.

—¿Qué han sido esos disparos, señora Miller? —pero dejó de prestar atención a la joven cuando sus ojos tropezaron con la figura de Larry. Entonces hizo una mueca—. ¿Usted otra vez, Bentley?

—No, autoridad. Esta vez se equivoca. No llegué a apretar el gatillo.

Larry pensó que si le relataba la historia de la confesión del senador Harper lo tomaría por loco. No, no valía la pena que gastase saliva.

—Se trata de un compañero de los tres que liquidé en el aserradero. Quiso vengarse y por fortuna no lo consiguió.

—Entiendo, Bentley. Pero tengo la corazonada de que, si se queda por aquí, volverán por usted.

—Quizá.

La señora Miller miraba a los dos hombres con expresión de alarma.

—Eh, oigan, ¿de qué están hablando?

El *sheriff* sonrió, diciendo con retintín:

—¿No lo sabía, señora Miller? Su nuevo empleado es un hombre la mar de pacifico. Ha matado a tres hombres en el aserradero de Martín. Y después de eso, armó otra fiesta en el *saloon* Diana.

—Muy bien, *sheriff*. Lo que yo tenga que decirle a mi empleado no es cosa que deba oír usted.

—Claro que no, señora Miller. Ya me voy —Intosh se tocó el ala del sombrero y se alejó por la acera.

La señora Miller miró a Larry, que continuaba con el «Colt» en la mano.

—¿Es necesario que esté a todas horas con el revólver fuera?

—Lo siento, señora Miller —dijo él y devolvió el «Colt» a la funda.

—Quiero hablar muy seriamente con usted, señor Bentley. Pero será mejor que paseemos. Hay demasiada gente que nos mira.

Los dos jóvenes echaron a andar.

La señora Miller no rompió el silencio hasta haber llegado bajo una encina, al lado del edificio del Consejo Municipal.

—¿Qué explicaciones me va a dar ahora, señor Bentley?

—Me temo que ninguna.

—¿Cómo?

—Ya sé que estoy despedido, de modo que sobran todas mis

razones. Le agradezco mucho el que me haya permitido coleccionar unos cuantos recuerdos agradables de mi estancia en Cravenville.

—¿A qué recuerdos agradables se refiere?

—A los niños… y a usted.

—¿A mí?

—Es usted muy bonita, señora Miller. A decir verdad, yo no he encontrado a ninguna mujer tan bonita como usted. Me había empezado a gustar.

Se encendieron las mejillas de la muchacha.

—Es usted un insolente, señor Bentley.

—Tenía que decírselo antes de marcharme. Deseo que encuentre pronto a un hombre honesto que le pueda servir de ayuda.

La joven lo miró con la boca abierta.

—Adiós, señora Miller. Despídame de los niños. ¿Quiere…?

Bentley dio media vuelta para dirigirse adonde había dejado el caballo.

—Espere, señor Bentley.

Larry se detuvo.

—¿Sí, señora Miller?

Ella inspiró profundamente.

—Yo no lo he despedido.

Larry sonrió.

—No la comprendo. ¿Quiere decir que consentiría en que yo trabajase para usted?

—Comprendo que tiene usted muchos defectos, señor Bentley, pero me he dicho a mí misma que, al fin y al cabo, también los tendrá cualquier otro hombre que venga a sustituirlo.

—Oh, sí.

—Siempre he querido ser justa de modo que he colocado en el otro plato de la balanza sus virtudes.

—¿Muchas?

—Pocas, poquísimas.

—Ya.

—Pero creo que hay entre ellas una que pesa bastante.

—¿Cuál?

—Su eficiencia para llevar las riendas de un rancho.

—Gracias.

—No trato de halagarlo.

—Desde luego, señora Miller.

—Naturalmente, espero que abandone esa predisposición suya a buscar pendencia a cada momento.

—Me cree peleón, ¿eh?

—Creo que los hechos están demasiado claros.

—Sí, entiendo. —Larry se acercó otra vez a ella y, tras una pausa, agregó—: Señora Miller, debo decirle que estoy orgulloso de lo que me ha dicho. Yo aceptaría muy gustoso, pero…

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—¿Es que quiere marcharse?

—Lo siento mucho, señora Miller, pero si usted me reserva el puesto durante un par de semanas, creo que podré aceptar.

—¿Puedo preguntarle por qué tiene que demorarlo?

—He de llegarme a Austin para ultimar un asunto.

—¿Ha dicho a Austin?

—Exactamente.

La joven sonrió.

—Su primer trabajo consistirá en acompañarme a Austin.

—¿Por qué tiene necesidad de ir allí?

—He de comprar unos sementales. Yo no entiendo mucho de eso y esperaba que usted fuese mi consejero.

—Sí, entiendo de eso, señora Miller.

—Entonces, no hay más que hablar. Hoy mismo quería ponerme en camino. Usted viene conmigo y allí le concederé tiempo suficiente para que pueda realizar el negocio que le interesa.

Bentley dejó correr unos segundos y luego dijo:

—De acuerdo, señora Miller.

CAPITULO XI

Larry pensaba que viajar en el tren con la señora Miller le había dado ventaja sobre Rex Stamp para llegar a Austin.

Cabía suponer que el forajido hiciese su viaje a caballo.

Era muy importante para él llegar a Austin antes que Rex Stamp. Naturalmente, el senador Harper, antes Walter Richmond, querría destruir aquel documento por su propia mano.

Ahora estaba fumando en la plataforma mientras reflexionaba sobre todo eso.

Cambió de tema para pensar en la señora Miller.

Había empezado a sentir algo por ella. Eso lo sabía a ciencia cierta. Se estaba enamorando y lo probaba el hecho de que hubiese consentido en realizar el viaje juntos. En cuanto él llegase a Austin cualquier persona que estuviera a su lado podría saltar en pedazos porque él, Larry, sería un cajón de dinamita. Pero se había prometido a sí mismo dejar aparte a la señora Miller.

El tren se detuvo en una estación. Leyó su nombre. Belmont City.

Algunos viajeros se apresuraron a subir al convoy.

De pronto Larry creyó que soñaba. Uno de los tipos que había allí abajo era el mismísimo Vincent Adams. Sí, no cabía duda. Estaba en compañía de otros tres hombres.

Los cuatro subieron al vagón anterior al que se encontraba Bentley.

Cuando el tren hubo emprendido el viaje, Larry se entregó una vez más a profundas reflexiones.

* * *

Vincent Adams había cumplido recientemente los treinta y siete años de edad y era alto, de cabello rojizo, rostro bien parecido y ojos verdosos, muy grandes. Cubríase con traje oscuro y sombrero «Stetson».

—Muy bien, Rex. Recibimos tu telegrama. ¿Cómo fue la cosa?

Rex Stamp sonrió astutamente.

—¿Has podido dudar de mí, Vincent?

—Al grano.

—Tengo el papel.

Vincent se volvió a los otros compañeros.

—¿Qué os dije?

Contestó un hombre que mostraba una cicatriz desde la sien hasta el ojo izquierdo.

—Nos dijiste que Rex nunca fallaría.

Rex Stamp sonrió con aire modesto.

—Resultó fácil, aunque a Mac y a los otros dos les haya costado la vida.

Vincent arrugó el ceño.

—De modo que Larry se los cargó.

—Sí.

—¿Y tú te cargaste a Bentley, eh, Rex?

—No lo hice.

—¿Cómo qué no?

—Ese bastardo tiene siete vidas como los gatos.

Vincent atrapó por el cuello de la camisa a Rex Stamp.

—¿Por qué fallaste?

—Lo tenía bajo el cañón de mi revólver y de pronto él saltó.

—Maldita sea… ¿Por qué no disparaste antes de que saltase?

—A ti también se te escapó, Vincent. Ese hijo de perra parece que tiene muelles en los pies.

Vincent le cruzó la cara, pero Rex no llegó a caer porque lo sostuvo férreamente.

La conversación tenía lugar en el vagón mercancía adonde habían pasado Vincent y sus dos compinches desde el destinado a los pasajeros.

—Oye, Vincent, lo importante es el papel, ¿no? —dijo Rex, reflejando en sus ojos una chispa de temor.

—Dámelo.

Rex sacó el documento del bolsillo de la camisa y se lo alargó a Vincent. Este lo tomó en sus manos y lo leyó rápidamente. Luego lo hizo desaparecer en su chaqueta.

—¿Qué fue de Bentley, Rex?

—Lo dejé en Cravenville.

—Pero él saldría en tu persecución.

—Sí, lo imagino, pero hice unos buenos recortes. No tomé el tren hasta veinticuatro horas más tarde, después que os puse el telegrama desde Las Animas.

—¿Estás seguro de que Bentley no te vio coger este tren?

—En absoluto. Si salió detrás de mí, lo despisté bien.

—De acuerdo, Rex.

—Bueno, jefe, espero que también me dé la parte de mis compañeros.

—¿Qué quieres decir?

—Nos prometiste mil dólares a repartir entre nosotros por recuperar el documento. A mí me correspondían doscientos cincuenta, pero ya que los tres muchachos se quedaron tiesos, es justo que me lleve los mil dólares. Hubiese querido también atrapar la recompensa que dabas por Larry, pero tuve mala suerte.

—Sí, tuviste mala suerte.

—Pero los mil dólares deben ser sagrados, ¿eh, Vincent?

—Claro que sí, Rex. Tú solito debes quedarte con todas las recompensas.

—Gracias, Vincent.

Vincent Adams dirigió una mirada a los dos hombres que había tras él, mientras se apartaba de Rex.

De pronto, los dos tipos se abalanzaron sobre Rex.

—¿Qué hacéis, muchachos? —chilló Stamp cuando se vio atrapado por los brazos.

Vincent Adams hizo correr la puerta del vagón.

Los árboles pasaron a gran velocidad.

—Debemos ir a unos cuarenta, ¿no os parece?

Rex Stamp dio un chillido.

—¡No, jefe! ¡No lo hagas!

—Dentro de una milla hay una curva. Cuando la pasemos, el maquinista le sacará todo el rendimiento a la máquina.

—Muy bien —dijo Adams—. Esperaremos.

Rex desorbitaba los ojos.

—No, Vincent. Sé que no lo harás. Me quieres meter miedo en el cuerpo. Sólo es eso, ¿verdad?

Vincent sacudió la cabeza de arriba abajo, muy lentamente.

—Sí, muchacho. Sólo es eso. Quiero meterte el miedo en el cuerpo.

Rex tragó saliva.

—Era una broma lo de los mil dólares. No los quiero.

—¿De veras?

—Me conformo con los doscientos cincuenta… Tú eres el jefe, tienes la mayor responsabilidad. Es justo que te quedes con la parte de los otros tres muchachos.

—Eres muy generoso, Rex.

—Siempre me ha gustado trabajar contigo… Llevamos muchos años juntos, Vincent. Ocho lo menos.

—Es posible.

—¿Te acuerdas de aquella vez que te salvé la vida cuando nos perseguía el *sheriff* de Albuquerque? Dijiste que, si no hubiese sido por mí, no lo habrías contado.

—Esos recuerdos me producen tristeza, Rex.

—Bueno, yo sólo intentaba demostrarte que te he sido fiel.

—¿Quién lo niega, Rex? Te estoy muy agradecido.

Stamp miró a los dos hombres que lo seguían sujetando.

—Oye, Vincent, diles a Jack y a Vic que me dejen libre…

En aquel momento, el convoy tomó la curva.

Vincent Adams miró hacia afuera. La máquina había disminuido de velocidad, pero ahora empezaba a correr otra vez.

—¡Vincent! —chilló Rex.

—¿Qué te pasa, Stamp?

—¡Por lo que más quieras…! ¡No lo hagas…!

En la cara de Stamp se había formado gotas de sudor. Miró hacia el hueco por donde se veía el exterior. Los postes pasaban cada vez más rápidamente.

—¡Vincent! —repitió Stamp—. ¡No está bien que lo hagas, no es justo…! ¡Seré un perro fiel para ti! ¡Pídeme que te limpie las botas con la lengua y lo haré. ¡Te lo juro que lo haré todos los días…! ¡Pero no me mates!

Adams hizo una mueca.

—Nunca me han gustado los tipos cobardes. No tienes coraje, Rex… ¡Fuera con él, muchachos!

Rex pataleó con todas sus fuerzas.

—¡No, muchachos! ¡No lo hagáis! ¡Cualquier día hará lo mismo con vosotros…! ¡Pongámonos de acuerdo…!: ¡Lo arrojaremos a él, muchachos! ¡Siempre ha hecho lo mismo, os lo juro…! ¡A vosotros también os llegará la hora…!

Los verdugos lo arrastraron hacia el hueco y, al llegar allí lo levantaron en vilo y, después de impulsarlo tres veces, lo arrojaron del vagón.

Rex golpeó contra uno de los palos de telégrafos y pareció un muñeco que se hubiese partido en dos. Luego cayó hecho un guiñapo sobre las rocas, manchándolas de sustancias inconcretas.

Los dos sicarios que habían realizado la ejecución se quedaron pensativos mirando por el hueco.

—Uno menos —comentó Adams—. Regresaremos a nuestro compartimento.

De pronto, vieron una mano que se asomaba por la puerta y Adams desenfundó el revólver como una centella.

Apareció un hombre con el aspecto de un oso, alto y fuerte, de cabeza redonda, cabello muy corto. Se detuvo jadeante, mirando a Adams.

—Jefe, agárrese porque se va a caer.

—¿Qué pasa?

—Va a pensar que está soñando una pesadilla.

—Maldita sea, suéltalo ya, Henrich, o vas con Stamp.

—Acabo de ver al diablo…, quiero decir a Larry Bentley…

—¡No!

—Sí, jefe, se lo puedo jurar.

—Ya entiendo. Va a caballo siguiendo al tren.

—No, señor Adams. Está en el tren.

Los ojos de Vincent relampaguearon furiosos.

—De modo que está aquí.

—Sí, señor Adams. Y lleva al lado una mujer que quita la respiración.

—Ahora me alegro más de haberme desembarazado de Rex Stamp. El muy bastardo dijo que había despistado a Bentley y lo llevamos a nuestros talones —paseó nervioso de uno a otro lado del

vagón.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntó el hombre que había descubierto a Larry.

—Déjeme que piense.

—¿Quiere que esperemos a llegar a Austin para darle el boleto?

—No, muchachos. Hay que hacerlo antes. Aquí mismo. Ya sabéis lo que pasa en las llegadas. Se aglomera la gente y Larry es demasiado ágil, como el propio Rex tuvo ocasión de comprobar.

—Pero no podemos matarlo en su departamento. Va lleno de viajeros. Nosotros tendríamos que saltar del tren.

—Tampoco me interesa ese procedimiento.

—¿Entonces?

—¡Calla de una vez y ya se me ocurrirá algo!

Los hombres respetaron el silencio.

Transcurrieron algunos minutos.

De pronto, Vincent se detuvo chasqueando los dedos.

—Bien, chicos. Se acabó Larry Bentley. Ese hijo de perra nunca llegará vivo a Austin. Os lo puedo jurar.

CAPITULO XII

Se había hecho de noche.

Mauren Miller y Larry Bentley habían dado fin a la cena en el comedor, sentados uno frente al otro.

—Señor Bentley —dijo ella.

—¿Sí, señora Miller?

—Me gustaría saber qué clase de negocio va a ventilar en Austin.

—Es un poco difícil de explicar.

—¿Tiene relación con los hombres que mató en Cravenville?

—Sí, señora Miller.

—Pero, ¿qué clase de hombre es usted? La hizo buena queriendo pasar por un hombre pacífico.

—Y lo soy, señora Miller.

—Cualquiera lo diría.

Bentley sonrió.

—Ya comprendo que resulta difícil de admitir, pero nunca aprieto el gatillo por puro capricho.

—De todas formas, le gustan los líos.

—Bueno, en realidad, no se trata de que me gusten los líos. No puedo resistir las maniobras de cierta gentuza. Siento náuseas cuando tropiezo con alguien que sólo está en la vida para aprovecharse de su prójimo.

—¿Y qué ocurre cuando se tropieza con una persona de esa clase?

—Procuro por todos los medios convencerle para que se aparte del camino del mal.

—Y utiliza plomo para metérselo en la cabeza —dijo ella haciendo un juego de palabras.

Larry se echó a reír.

—La verdad es que me gustaría convencerlos de otra forma, pero ellos no me dejan.

La joven se puso en pie y él la imitó.

Larry pagó el importe de la cena de los dos y se dirigieron al vagón de viajeros.

—Señora Miller —dijo él, deteniéndola en la plataforma.

Ella se volvió y, debido a lo estrecho del recinto, quedaron muy cerca.

Larry se quedó sin habla, admirando la belleza del rostro femenino.

—Diga, señor Bentley.

—No sé nada de su vida…

Ella enarcó las cejas.

—¿Le interesa mucho?

—Me temo que me va interesando más por momentos.

—¿Y cuál es la razón?

—Usted lo puede suponer.

—Hay cosas que una no debe suponer nunca.

—Muy bien. Se lo diré de otro modo.

—Le escucharé.

De repente, él la atrapó por la cintura y la apretó contra sí, besándola en la boca.

Ella retiró la cabeza parpadeando mucho.

—Señor Bentley…

—La quiero, señora Miller.

—Pero…, ¡usted es un ciclón!

—Es posible que sorprenda algunas veces por mi rapidez, pero soy de temperamento nervioso. Me lo dijo el doctor que asistió a mi madre en mi nacimiento.

—¿Tan pequeño?

—Los médicos saben mucho de eso.

El tiró otra vez de ella y la volvió a besar.

—Pero, señor Bentley —dijo ella, después del segundo beso—. Todavía no he dicho que me gusta…

—Dígalo.

—No lo haré hasta que aclaremos las cosas.

—¿Qué hay que aclarar, Mauren?

—Están los niños.
—Muy bien. No tengo nada contra ellos.
—Son mis hijos.
—Seré un padre para los dos.
—Me gustaría que eso fuera cierto.
—Lo será, Mauren. Se me ocurre una idea. Regresaremos a Cravenville casados.
—Desde luego, creo en lo de su rapidez.
—¿Por qué esperar absurdamente cuando podemos ser felices?
—Tendré que pensarlo.
—Oh, no, Mauren. No te lo puedo consentir…
—¿Por qué no?
—Tengo miedo de que te arrepientas.
—Entonces da por seguro que yo le correspondo a usted.
—Digamos que sólo es una presunción mía.
—Muy bien. Usted me gusta.
Él fue a besarla otra vez, pero ella lo contuvo.
—Eso no quiere decir que consienta en que sea mi marido.
—¿Y cuándo resolverás la incógnita?
—En Austin. Hasta entonces me ha de prometer una cosa.
El la atrajo contra sí y la besó otra vez.
—Pero, señor Bentley, lo que quiero que me prometa es que no me va a besar más, quiero decir, hasta que yo me decida.
—Muy bien. Está prometido —dijo Larry y la besó.
—Ahora, le quiero pedir un favor, Larry.
—¿De qué se trata?
—Déjeme sola durante media hora. Necesito pensar un poco en todo esto que ha ocurrido tan súbitamente.
—Muy bien, Mauren —dijo él, sonriente.
—Hasta luego, Larry.
La joven entró en el vagón y Bentley quedó en la plataforma. Se sentía el hombre más feliz de la tierra. Quería a Mauren y tenía el presentimiento de que ella también lo quería a él. Se casarían. Sí, él sería un padre para aquellos dos niños. Sacó tabaco y papel y lió un cigarrillo.
—¿Tiene fuego? —preguntó una voz a sus espaldas.
Al volverse hizo una mueca al ver ante él a Vincent Adams. Pero no estaba solo. Justo por uno de los flancos de Adams se había

filtrado un revólver que empuñaba un tipo que había detrás.

Larry esbozó una sonrisa.

—Caramba, Adams, el mundo es muy pequeño.

—Lo mismo he dicho yo cada vez que te he encontrado en mi camino.

—¿Cuántas veces han sido?

—Cuatro.

—Oh, sí, en Dodge City, en Denver, en Yucca y en Amarillo.

—Tienes una buena memoria, Bentley.

—Ocurrieron cosas inolvidables.

—Yo tampoco las pude olvidar. En todos esos sitios me destrozaste un negocio.

Larry chascó la lengua.

—Vamos, vamos, Adams. No debes ser rencoroso. Después de todo, luchamos lealmente, y yo gané por ligero margen de puntos.

—Sí, y al parecer piensas ganar también ahora por quinta vez consecutiva.

—No sé a qué te refieres, Adams. Ahora he dejado las aventuras.

—¿De veras?

—¿No lo sabías? Trabajo en un rancho de una ciudad que todavía está por figurar en el mapa. Tú y yo no volveremos a encontrarnos, Adams —Larry dio un suspiro—. Echaré mucho de menos los viejos tiempos. Palabra que sí. Hasta la vista, Adams.

Se volvió para entrar en el vagón donde estaba Mauren.

—Quieto, Bentley, o mi hombre te colocará una bala en la espina dorsal.

Bentley giró lentamente.

—¿Qué te pasa, Adams?

—Quiero ajustar cuentas contigo de una vez por todas.

—¿A qué viene este ajuste?

—Eres un mal comediante. Y para que dejes ya de representar tu papel, te diré una cosa. Rex Stamp también viajaba en este tren y hablé con él antes de que sufriese un desgraciado accidente.

Hubo un silencio, mientras los dos hombres se miraban. Por último, Larry señaló el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—¿Puedo sacar un fósforo?

—No, Bentley. No puedes sacar un fósforo. Si necesitas fuego, yo te lo daré. Todavía recuerdo aquella vez en que te teníamos

enfrente de cinco revólveres y con la excusa de sacarte un mondadientes me mataste a tres hombres y luego hiciste humo.

—Fue cuestión de suerte.

—No, Bentley. Sé reconocer los méritos de mis enemigos. No ha sido casualidad que me hayas vencido en veces anteriores. Eres un chico que vale.

—Gracias.

Adams sacó una caja de fósforos y frotó uno contra el papel de lija. Luego acercó la llama al cigarrillo que Larry se había puesto en la boca.

Por su parte, Bentley acababa de mirar el revólver que lo seguía apuntando al estómago.

Dio una chupada al cigarrillo tomando éste con la mano derecha, pero de pronto la movió rápidamente y atrapó a Adams por la muñeca y dio un tirón fuerte de él, al tiempo que saltaba.

El hombre que estaba con el revólver titubeó una fracción de segundo en apretar el gatillo y, para cuando fue a decidirse, Larry se servía de Adams como escudo y con la otra mano había desenfundado.

—Abajo la pistola.

Jack, que era el tipo que estaba a la otra parte, siguió con el revólver en la mano.

Bentley clavó su cañón en el hígado de Adams.

—Anda, Vincent, dile que tire el revólver hacia acá y que se dé una vuelta por ahí.

—Obedécelo, Jack.

Jack tiró el arma a los pies de Larry. Luego dio media vuelta y se alejó de la plataforma.

Entonces Larry empujó a Adams apartándolo de sí.

Vincent se dio la vuelta lleno de furia.

—Me la has jugado otra vez…

—Dame el papel.

—No sé de qué me hablas.

—Tienes muy mala memoria, Adams. ¿No lo recuerdas? Sostuviste una conversación con Rex Stamp antes de que sufriese un desgraciado accidente en este tren… Pero no te preocupes, yo mismo te registraré. Ponte de espaldas.

Adams giró sobre sus talones, los brazos en alto.

Bentley se adelantó sobre Vincent y empezó a registrarlo con la mano libre.

Encontró lo que buscaba en el segundo bolsillo interior de la chaqueta y retrocedió con él en la mano.

—Bueno, Adams, debo darte las gracias por habérmelo entregado tan pronto.

Adams se revolvió con los ojos inyectados en sangre.

—Ese documento es muy importante, Bentley.

—Sí, ya lo sé. Servirá para que un hombre que se considera como un semidiós, caiga de su pedestal.

—¿Cuánto dinero quieres?

—Ya salió.

—Ese hombre a ti no te ha hecho nada.

—No, no me ha hecho nada, pero es bastante que se lo haga a los demás.

—Siempre pensé que te convertirías en un hombre práctico, Bentley.

—Y lo soy.

—Demuéstralo aceptando mil dólares por ese papel.

—No está mal la oferta. Mil dólares es una cantidad que yo tardo mucho tiempo en ganar.

—Tú y cualquier hombre.

—Cualquier hombre que no sea el senador Harper. Estoy seguro de que ese caballero hará negocios cuyos beneficios serán números de cinco cifras.

—¿Y qué nos importa a nosotros, si no nos toca una parte del asado?

—A ti no te importará, Adams, pero a mí, sí. Por eso mi respuesta es no.

—Podría subir hasta dos mil.

—Pierdes el tiempo. Y ahora te voy a dar un consejo, Adams. Te metería una bala gustoso, pero estás desarmado de modo que te voy a hacer un ruego en tu beneficio. No vuelvas a molestarme en el resto del viaje. Tendré el revólver siempre a punto para liquidarte.

De pronto, se abrió la puerta del vagón de la izquierda y Larry vio salir a Jack con las manos vacías.

—No tire, señor Bentley.

—Te dije que te largases.

—Y es lo que hice, Bentley, largarme… para arreglar las cosas.

—Ya las arreglaré por mi cuenta.

—Oh, no, señor Bentley. Usted tiene un revólver en la mano, pero se encuentra en inferioridad de condiciones. Nosotros le ganamos la partida.

Por la mente de Larry cruzó una idea, pero trató de desecharla.

—¿Es que estás borracho, chico?

—Escuche, y lo entenderá. Uno de mis compañeros está sentado detrás de la mujer que le acompaña, ya sabe a quién me refiero, la hermosa dama.

Bentley apretó las quijadas.

—¡Bastardo!

—Ese hombre que está detrás de ella tiene un revólver y le bastará con apretar el gatillo unas cuantas veces para que a la chica le quede muy fea la espalda.

Adams se echó a reír.

—¿Verdad que sería muy malo para ella, Bentley?

Sí, ya sé que se dice por ahí que las mujeres no tienen espaldas, pero tú sabes que la verdad es otra.

Larry seguía apretando el «Colt» con la diestra.

—El revólver, Bentley —pidió Adams.

—No.

Jack señaló la puerta.

—Ande, Bentley. Eche una mirada dentro. Le he dicho a mi amigo Vic que, si en dos minutos usted no nos devolvía la pistola, empiece a apretar el gatillo. Y ya ha transcurrido uno.

Larry se volvió hacia la puerta y miró a través del cristal. Efectivamente, tras de Mauren se sentaba un hombre con cara patibularia que ahora lo miró a él y le dirigió una sonrisa.

Ya no tuvo ninguna duda de que, efectivamente, Mauren sufriría las consecuencias.

Se volvió hacia Vincent y le entregó el arma.

Adams jugueteó con el «Colt» mientras sonreía.

—Vaya, Larry. Parece que esa mujer te interesa.

—Es la dueña del rancho donde trabajo, una viuda madre de dos hijos y no puedo consentir que a ella le pase nada por mi culpa.

—¿Es eso sólo?

—Nada más.

Adams le metió la mano en el bolsillo y le cogió la confesión del senador Harper, que volvió a guardar en su chaqueta.

—¿Sabes lo que voy a hacer ahora contigo, Bentley?

—Lo imagino. Sufriré un accidente como el de Rex Stamp.

—Qué listo eres… Te voy a echar de menos en mis próximos negocios y te advierto que van a ser muchos.

Harper y yo vamos a formar una buena sociedad.

—Te creo.

—Anda, Jack, abre la puerta. Necesito el ruido del tren para apagar el disparo.

Jack se volvió y abrió la puerta.

Se oyó el ruido que producía el tren al correr a una velocidad de cuarenta millas.

—Caramba, Bentley —dijo Adams—. Tienes mala suerte. Estamos cruzando, justamente, por el terreno más rocoso. Creo que no lo vas a pasar muy bien ahí abajo con una bala entre las tripas.

—Lástima. Yo tenía planes para realizar en Austin.

—Sí, ya sé, pero como te dije al principio, tú ganaste cuatro veces. Deja que sea yo el ganador de ahora. Ponte justo en el hueco y de esa forma el propio impulso de la bala te escupirá fuera. No creo que sufras mucho. Cuando llegues al suelo quedarás deshecho. Tenías que haber visto lo que le pasó al pobre de Rex Stamp.

—Celebro que te hayas vuelto tan humanitario, Adams —dijo Larry, y retrocedió hacia el hueco.

Adams levantó el revólver para hacer fuego.

Bentley saltó en el aire y, justo entonces, Adams apretó el gatillo.

CAPITULO XIII

El tren se detuvo en la estación de Austin.

Mauren Miller continuó ocupando su asiento.

No lo comprendía. No lo podía comprender. Larry no había regresado junto a ella. Se habían separado ocho horas antes en la plataforma y desde entonces no lo había vuelto a ver.

Sentía una gran opresión en el pecho. Quería rechazar de su mente la idea que le había asaltado desde hacía largo rato. El tren se había detenido en cuatro ciudades antes de llegar a Austin. Sí; Larry Bentley debía haberse arrepentido de su declaración y obró en consecuencia. Debería haber bajado en cualquiera de aquellas estaciones para alejarse. De esa forma se evitaba enojosas explicaciones.

Al fin decidió tomar el equipaje y descendió al andén.

Permaneció un rato quieta, inmóvil, mirando a una parte y otra.

Los últimos viajeros se fueron alejando y entonces se encontró sola. Otra vez sola.

* * *

El senador Gregory Harper frisaba en los cincuenta años de edad y era calvo, obeso, de abultado abdomen, carirredondo, de ojos pequeños y nariz como la de un búho.

Vestía elegantemente y en su mano mostraba dos brillantes que le habían costado una fortuna.

En aquel momento estaba hablando con la presidenta de la Asociación de Caridad de Austin, la benemérita dama Juliette Smithy.

—Sí, señora Smithy; soy un hombre que siente en su propia

carne las desgracias ajenas. Cuando voy por las afueras de la ciudad y veo esas cabañas, esas chozas donde viven apiñadas tantas familias humildes, se me saltan las lágrimas. Sí, señora Smithy, yo tengo que esconder la cara para que mis colaboradores no lleguen a la conclusión de que soy demasiado blando.

—Eso le ennoblece, señor Harper. Por ello, en nuestra última reunión, cité su nombre como el de una persona llena de cariño hacia sus semejantes y que estarla dispuesta a colaborar en nuestra magnífica obra.

—Señora Smithy, me ha hecho usted un gran honor.

—Hemos establecido una cuota voluntaria de cincuenta dólares.

—Oh, no, señora Smithy, yo no puedo pagar eso.

—¿Cómo?

—Ponga quinientos dólares.

—¿Quinientos?

—Sí, señora Smithy —Harper sacudió la cabeza pesaroso y quedóse mirando la alfombra—. Y si yo pudiese dar más, lo daría, pero son muchas las asociaciones de caridad que existen, señora Smithy.

—Me siento realmente emocionada, senador.

Harper se levantó de su sillón dando por terminada la entrevista.

—Señora Smithy, he tenido mucho gusto.

La visitante carraspeó:

—En cuanto al dinero, senador…

—Oh, sí, no se preocupe. Se lo enviaré con un mensajero mañana mismo.

—Gracias, senador. Convocaré una junta extraordinaria para dar cuenta de su gesto.

—No tiene importancia, señora Smithy.

—Claro que la tiene. Si todas las personas fueran como usted, el mundo iría de otra forma.

—Usted me permitirá, señora Smithy, que escriba estas palabras en mi diario…

—Se lo autorizo, senador, se lo autorizo.

Harper acompañó hasta la puerta a la señora Smithy. Allí le besó la mano y, cuando la dama hubo salido, Harper se olió la diestra.

Maldita fuese aquella bruja. Olía a demonios.

Oyó unos pasos tras de sí y se volvió. Era Oscar Crawford, su

secretario.

—¿De qué quería hablar esa mujer, señor Harper?

—Esa condenada cotilla quería mi dinero.

—Ya, lo de todas.

—Me ha sacado quinientos dólares.

—¡No!

—Sí, Oscar, sí.

—¿Para qué?

—¡Y yo qué sé! Pero eso no importa. ¿Ha llegado el barco con el cargamento de Italia?

—Sí. Atracó hace media hora.

—Muy bien. Sube un dólar la mercancía.

—Infiernos, ya está vendida y a los compradores no les va a sentar muy bien.

—Me importan un rábano los compradores. Subiendo un dólar por kilo, ganaré diez mil más y así podré pagar quinientos a la señora Smithy.

—Es usted un mago de las finanzas, señor Harper.

—Gracias, Oscar. ¿Te he aumentado el sueldo?

—No, señor —dijo Oscar, frotándose las manos—. Desde que entré con usted de secretario sigo ganando lo mismo.

—Eso es absurdo. Te aumentaré cien dólares.

—¿Al mes?

—Sí. A partir del año que viene.

—Pero, jefe, si estamos en febrero.

—El tiempo pasa muy rápido, Oscar. Es una de las cosas que primero hay que aprender en la vida.

—Sí, senador.

—Pasaré el resto de la mañana con Eva.

—Oh, no, señor, no puede.

—¿Por qué no? Esa señora Smithy me ha dejado un olor horrible. Quiero estar con Eva para aspirar su aroma.

—Lo siento, senador, pero parece haber olvidado un acto importante de hoy.

—¿Un acto importante?

Oscar sacó una libreta del bolsillo, la cual abrió por una página y leyó en voz alta:

—A las once, inauguración de una fuente pública en la calle

Monroe. Discurso sobre la importancia de las aguas en la historia del progreso.

—Maldita sea… Prefiero a Eva.

—Y yo también —Oscar carraspeó—. Perdón, señor Harper, quiero decir que el señor senador tiene un gran gusto para elegir mujeres.

—Gracias, Oscar —Harper dio un suspiro—. Pero al parecer no tengo más remedio que asistir a ese acto.

—Debe tener en cuenta las próximas elecciones.

—Sí, Oscar. Pero ya estoy cansado de tanto sacrificio.

—Despacharé a todos los visitantes que están esperando.

—Date prisa, Oscar. No puedo ir sin ti. Tu presencia me anima.

Oscar hizo una reverencia y salió de la habitación.

Harper sacó un grueso cigarro de una caja y se puso a encenderlo.

Oscar entró de nuevo.

—Oiga, senador, ahí fuera hay tres visitantes que no se quieren marchar. El que parece el jefe de ellos dice que necesita verlo con urgencia.

—Mándalo al diablo.

—Me encargó le diese su nombre.

—¿Cuál es?

—Vincent Adams… Me da por la cabeza que ese tipo es un hombre que ha tenido que ver con la justicia. ¿Le parece que envíe a alguien a la oficina del *sheriff*?

—No, Oscar. Yo me debo a todos los electores y, si el señor Adams quiere hablar conmigo, debe ser por algo importante. Dile que pase.

—¿Está seguro de lo que hace, senador?

—Desde luego, Oscar. Quédate fuera cuando entre.

Oscar se encogió de hombros y salió.

Al poco rato se abrió la puerta y Vincent entró en la estancia seguido por Jack, y Vic.

—Buenos días, senador.

Harper esperó a que Oscar cerrase desde el otro lado.

—Te advertí que no me visitases aquí, Adams.

—Esto es muy importante.

—Pudiste esperar a la noche. Ya sabes que, a partir de las nueve,

estoy siempre en casa de Eva.

—¿No cree que vale la pena darle la noticia de que he recuperado el documento?

El senador arrugó el ceño.

—Me has dicho tres veces lo mismo. Y luego ha resultado que sólo ha cambiado de mano.

—Sí, esta vez también ha cambiado de mano, pero soy yo el que lo tengo.

—¿Quieres decir que lo traes contigo?

—Sí, senador.

—No lo creeré hasta que no lo vea.

Adams sacó el papel del bolsillo y lo desplegó ante los ojos de Harper.

—¿Es ésta su letra, senador?

Harper se acercó a Adams, los ojos fijos en lo que había allí escrito. De pronto se echó a reír.

—Sí, Adams. Esta vez lo tengo que creer.

Alargó la mano para apoderarse del papel, pero Adams lo retiró a su espalda.

—¿Qué te pasa, Adams?

—Hablemos de negocios.

—Me sacaste cinco mil dólares por todos los gastos que pudiese acarrear la recuperación de mi confesión.

—Sí, eso es cierto.

—¿No crees que es pagar con largueza? También te dije que te dejaría las manos libres para que hicieses algún negocio.

—Eso no es bastante, senador.

—¿Qué quieres, Adams?

—Voy a ser su socio.

Harper endureció los músculos de su cara.

—¿Mi socio? Tú estás loco.

—¿Por qué, Harper? ¿Por qué he de estar loco?

—Soy un político y tú, a pesar de todo, un vulgar salteador.

Adams rió a golpes.

—Eso resulta gracioso, Harper. Yo soy un salteador. Pero, ¿qué eras tú hace veinte años? Anda, dímelo. ¿Qué eras?

—Aquello queda muy lejos.

Adams mostró el papel otra vez.

—Esto que tengo aquí convierte aquellos hechos pasados en presente.

—No me gusta esa actitud tuya, Adams.

—Te guste o no, tendrás que aceptarme como socio.

—Esto es un vulgar chantaje.

—¿Qué pasaría si yo entregase este documento a la oficina del *sheriff*? Yo te lo diré, Harper. Quizá no te harían pagar aquellos asaltos porque hay otra cosa más reciente. Tú pagarías por el asesinato de los dos ayudantes del *sheriff* que te sacaron esta confesión.

—Yo no los maté.

—Pero fueron asesinados por hombres pagados por ti.

Harper sacó un pañuelo del bolsillo, con el que se enjugó la cara.

—Oye, Adams, sé un poco más sensato. No formamos parte de la misma capa social. Si yo me aliase contigo, sería mi ruina.

—No te preocupes por eso, Harper. Yo estaré a la sombra, hasta que logre lo mismo que tú, que ese mundo en el que vives me acoja como uno de los suyos.

—Eres muy ambicioso.

—Tanto como tú.

De pronto, llamaron a la puerta y Oscar asomó la cabeza.

—Perdone, señor Harper, pero ya faltan sólo veinte minutos para la inauguración.

—Sí, Oscar. Ahora mismo salgo.

La puerta se cerró de nuevo tras del secretario.

Harper clavó sus ojillos en la cara sonriente de Adams.

—Arreglémoslo de una vez. Te daré otros cinco mil y se acabó.

—No, Harper.

—Serán diez mil dólares en total. Es como si hubieses asaltado un Banco.

—No quiero asaltar más Bancos, al menos por el procedimiento que yo utilizaba. Quiero seguir tu sistema…

—Maldita sea… La culpa es mía por haberme fiado de ti.

—Vamos, Harper, no te recrimines. Seré un gran socio tuyo. Ya verás cómo juntos llegamos a los sitios más altos.

—De acuerdo, Adams. No tengo más remedio que aceptar. Deme ese papel.

—No, así, no.

—¿Qué quieres decir? Te he dicho que estoy conforme…

—Las palabras se las lleva el viento. Tú y yo suscribiremos ahora mismo un contrato de sociedad.

—No puedo hacer eso ahora. Ya has oído a mi secretario. He de asistir a un acto público donde pronunciaré un discurso. Dame ese documento y acompáñame. En cuanto regresemos, firmaremos el documento.

—No, Harper, no puedo dártelo —dijo Adams y guardó la confesión en el bolsillo—. Mis amigos y yo te acompañaremos a ese acto público, y cuando todo haya terminado, vendremos aquí o iremos a cualquier otra parte para redactar el documento de sociedad.

Harper apretó los puños rabioso.

—Es la más asquerosa trampa que me han tendido en mi vida.

—¿Sólo tienes que decir eso, senador?

Harper tragó el aire a bocanadas.

Otra vez apareció Oscar.

—Lo siento mucho, senador, pero no va a llegar a tiempo.

Harper miró a Adams.

—Está bien. Tú ganas. Lo haremos después. Vamos todos.

CAPITULO XIV

Mauren se secó las lágrimas que le resbalaban por la mejilla.

Ahora se daba cuenta de lo que había significado en su vida el conocer a aquel hombre, Larry Bentley.

Lo había visto muy pocas veces, pero había hecho un viaje de dos días con él. Recordaba la solicitud con que la trataba cuando llegaba la hora del sueño y él la arropaba cariñosamente.

—Hola, Mauren.

Era su misma voz.

—Estoy aquí, a tu lado.

Alzó los ojos y lo vio reflejado en el espejo. Entonces dio un chillido mientras se volvía.

Larry sonrió.

—Perdona que haya entrado sin llamar, pero quería darte una sorpresa.

—Caramba, casi me matas.

Él se acercó a ella, la tomó suavemente por los brazos y la besó en la boca.

—Te quiero, Mauren.

Cuando se separaron, ella le echó los brazos al cuello, lo besó y luego, atropelladamente, dijo:

—Yo también te quiero, Larry. Ahora lo sé. Lo supe cuando creí que te había perdido para siempre.

—Tuve que tirarme del tren para salvar la vida.

—¡Oh! —exclamó ella.

—Me estaban amenazando con un revólver. Por fortuna, vi un trecho de arena y aproveché la oportunidad para dejarme caer. Salí bien librado con unos rasguños.

—Pero, ¿cómo has podido llegar tan pronto?

—Detrás de nuestro tren iba otro que transportaba un cargamento de reses. Lo detuve y viajé con los cornilargos.

—Oh, Larry, ahora sí que estaremos juntos.

—Me falta rematar el asunto.

—¿Te refieres a ese jaleo que te ha podido costar la vida?

—Sí, Mauren.

—Oh, no te dejaré.

—No tengo más remedio que hacerlo.

—Avisa al *sheriff*.

—Mi historia es demasiado fantástica para que nadie la crea.

—¿De qué se trata?

Larry le contó todo lo que había ocurrido a partir del momento en que llegó a Park City.

Cuando hubo terminado, ella dijo:

—Oh, Larry. No puedes hacer nada contra ellos. Harper es un senador.

—Tengo esperanzas de que la prueba todavía no haya sido destruida. Me he enterado de que Harper va a ir esta mañana a la inauguración de una fuente pública. Yo también voy a ir allí.

—No te dejaré.

—Es mi obligación y tú lo sabes. Ya te lo dije en el tren. No puedo permitir que gente de la calaña de Harper se salga con la suya, que exploten a los ciudadanos, que burlen la ley una y otra vez en provecho únicamente de su bolsillo.

Hubo un silencio entre los dos jóvenes. Por último, Mauren dijo:

—Está bien, Larry. Puedes ir. Pero te quiero, recuérdalo. Te quiero

Él la besó en la nariz.

—Vendré aquí en cuanto todo haya terminado.

—Sí, Larry.

* * *

El senador Harper había abierto la espita de su verborrea y estaba soltando chorros de palabras sobre la multitud que asistía a la inauguración de la fuente pública.

El rebaño le aplaudía y eso le daba nuevas fuerzas para continuar hablando.

Adams pasaba el rato guiñando el ojo a una rubia que había

entre los invitados de honor.

Por fin la rubia le dio una respuesta abanicando las pestañas y Adams sintió un cosquilleo por el estómago. Aquella mujer valía su peso en oro.

Habló por lo bajo con Jack y Vic.

—Oídme, muchachos. Estoy estableciendo nuevas relaciones —aquí miró a la rubia.

—Caramba, jefe —dijo Jack—. Usted no se pierde una.

—Hay que vivir, muchachos, hay que vivir —Adams sonrió satisfecho—. Vosotros os quedaréis aquí. Antes de que todo termine, regresaré a vuestro lado.

—De acuerdo, jefe —asintió Vic.

Adams se abrió paso a codazos hasta colocarse detrás de la rubia. Esperó unos segundos y luego se venció hacia adelante y dijo:

—Si le aburren los discursos, puedo invitarla a tomar un refresco de grosella. He visto un bar aquí cerca.

—Oh, no —dijo ella.

—Me han dicho que después del senador cerrará acto el gobernador. ¿Es cierto que invierte cuarenta y cinco minutos en cada discurso?

—Desde luego.

Adams se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Hace un día soleado y es tan bueno el refresco,

Ella se volvió sonriendo.

—Está bien, pero prométame que volveremos en seguida.

—Prometido —dijo él.

Minutos después ambos entraban en el bar a que se había referido Adams.

Tomaron posesión de una mesa del fondo.

Adams pidió un vaso de grosella y un whisky.

—¿Es usted de aquí, señorita?

—Sí. Mi padre estaba entre los invitados.

—No me diga que es el senador Harper —dijo Adams, porque sabía que el senador no tenía ninguna hija.

—No. Mi padre es el *sheriff*.

Adams dio un respingo en la silla, pero de pronto dióse cuenta de que él no debía temer nada, puesto que iba a ser socio de Harper.

—Tendré mucho gusto en conocer a su padre, señorita…

—Malcomb. Silvia Malcomb.

Naturalmente, Adams sabía que el *sheriff* de Austin era Spencer Malcomb, pero aquella muchacha le estaba gustando y quería representar bien su papel desde el principio. Infiernos, casi le daban ganas de reír pensando en que él se pudiese casar con aquella muchacha. Vincent Adams casado con la hija de un *sheriff*. Sus compañeros de Dodge City, de Tombstone y de otros lugares se iban a partir de risa cuando lo supiesen.

El mozo dejó el refresco de grosella y el whisky sobre la mesa.

—Por usted, Silvia —dijo Adams, poniendo mucho fuego en su mirada.

De repente, oyó una voz a su espalda.

—¿Puedo brindar yo también, Adams?

Vincent se volvió como un rayo y una parte del whisky saltó de su vaso. Allí delante tenía al mismísimo Larry Bentley, quien también tenía en su mano un vaso.

—¡Bentley!

Larry se adelantó hasta detenerse junto a la mesa.

—Buenos días, señorita —dijo sin mirar a la joven, porque no quería apartar los ojos de Adams—. Sé que es usted la hija del *sheriff* local y apuesto a que mi amigo Adams también lo sabe. Por ello, es justo que usted conozca su identidad. Su nombre es Vincent Adams y es un delincuente.

La rubia dio un gritito y se puso en pie de un salto.

—¿Qué es lo que dice?

—Sí, señorita Malcomb —contestó Larry, manteniendo siempre la mirada fija en la figura de Adams—. El hombre que la ha invitado a usted es un forajido que muy pronto va a dar con sus huesos en la cárcel.

De pronto, Vincent arrojó su vaso contra la cara de Larry.

Lo hizo con mucha rapidez, pero Larry dobló la cabeza burlando el proyectil.

Luego, Adams tiró del revólver mientras se incorporaba.

Larry empujó la culata del «Colt».

Sonó un solo disparo.

Adams recibió la bala en el pecho y se derrumbó.

Cuando estrellaba las espaldas en el suelo, apretó el gatillo, pero

su revólver en ese momento estaba apuntando al techo.

La señorita Malcomb lanzó un grito y se dejó caer en una silla.

Vincent Adams trató de incorporarse, pero le fallaron las fuerzas y se tendió otra vez, dejando escapar el revólver de entre los dedos.

Larry se acercó al hombre sobre el que había disparado.

—Tú lo has querido, Adams. Me hubiese conformado con entregarte al *sheriff*.

Adams sacudió ligeramente la cabeza.

—Siempre me ganaste y también me ganas ahora.

—¿Dónde tienes el documento?

—En el bolsillo izquierdo.

Larry le retiró el documento del bolsillo.

—Bentley —murmuró Adams.

—¿Qué, Vincent?

—A la próxima te hubiese ganado. Estoy seguro… Te habría quitado de en medio. Ha sido mi negra suerte…

Después de eso, arrojó una bocanada de sangre y luego de estremecerse expiró.

Un hombre entró corriendo en el local con un revólver en la mano. Se detuvo de pronto.

—¡Hija! ¡Silvia! ¿Qué haces aquí?

—¡Papá! —gritó la rubia y fue al encuentro de su padre.

El *sheriff* abrazó a su hija y miró por encima del hombro a Larry, cuyo revólver apuntaba al suelo.

—Entréguese, asesino —le dijo.

—No soy un asesino, *sheriff*, y su propia hija es testigo. El hombre muerto es Vincent Adams. Ahora tiene usted que realizar una misión importante.

—¿Quién es usted y de qué está hablando?

—Mi nombre es Larry Bentley.

—Bentley, ¿eh?

—Sí.

—He oído hablar mucho de usted. ¿De qué se trata?

Larry se acercó al *sheriff* y le alargó el documento que había costado tantas vidas.

El *sheriff* leyó para sí el contenido del papel y poco a poco fue cambiando la expresión de su rostro.

—¡Santo cielo…! ¿Es cierto, Bentley?

—Usted conocerá mejor que yo las firmas de sus ayudantes.

El *sheriff* dejó correr unos segundos y al fin dijo:

—Sí, Bentley. No hay lugar a dudas. Esto está firmado por Keene Kaufman y Boris Wynn. Ellos descubrieron el pasado de Harper, pero fueron asesinados cuando se dirigían a la oficina para entregarme este documento.

Otros dos hombres armados entraron en el local.

—¿Ocurre algo, *sheriff*?

—Vamos, muchachos, he esperado mucho tiempo este momento. Por favor, señor Bentley, ¿quiere acompañar a mi hija hasta la calle?

El *sheriff* se marchó con los ayudantes y Larry salió con la señorita Malcomb a la acera.

Ahora el gobernador de Texas estaba soltando su discurso.

Pocos minutos más tarde, el público aplaudió frenéticamente al último orador.

Bentley vio cómo el *sheriff* se acercaba al senador Harper y llamaba su atención tocándolo en el hombro. Luego le habló por lo bajo al oído.

El rostro del senador Harper se fue tomando lívido.

El *sheriff* hizo una inclinación con la cabeza.

Harper titubeó unos segundos y luego echó a andar junto al *sheriff* y los dos ayudantes de éste, que iban detrás.

Larry fue en busca de Mauren.

Abrió la puerta de la habitación del hotel.

Mauren se le echó encima.

—Oh, Larry, al fin estás aquí… Creí que me moría…

—Todo salió bien, pequeña. Se acabaron las preocupaciones. Ahora sí que seré un hombre pacífico.

—Larry, yo también tengo que hacerte una confesión.

—¿A qué te refieres?

—Es respecto al anuncio que puse en el diario.

—¿Sí? ¿Qué pasa con el anuncio?

—Yo… Bueno, yo no soy viuda ni tampoco tengo dos hijos.

—¿Cómo?

—Nunca me casé y los niños son los hijos de mi hermana. Se quedaron huérfanos y yo me encargué de ellos. Pensé que si ponía lo de viuda tendría más género donde elegir.

Larry estaba tan sorprendido por aquella noticia, que tardó un par de minutos en recuperar el habla.

—¡Nena…! Eso es lo más maravilloso que he oído en mi vida… No me importa por los niños, seguiré siendo un padre para ellos. Pero tú; oh, tú…

Y como no encontraba las palabras, la estrechó fuertemente contra su pecho y la besó con ardor en la boca.

FIN

Reviva **AHORA**, de nuevo,
la emoción de todos y cada
uno de los mejores relatos de

Keith LUGER

adquiriendo cada semana
un título de la

COLECCION

Ases del Oeste



¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
40 PTAS.

Impreso en España